



El horror de Dunwich



EDGE

H. P. LOVECRAFT CREÍA QUE «*EL HORROR DE DUNWICH*» era «tan maligno que Farnsworth Wright puede no tener el valor de publicarlo». Afortunadamente para nosotros (y para Lovecraft, pues recibió un cheque por un valor de 2.800 \$ de los actuales), fue publicado en el número de abril de 1929 de la revista *Weird Tales*. La historia introduce a Yog-Sothoth en los Mitos de Cthulhu, junto a la degenerada familia que le sirve, los Whateley. El bibliotecario Henry Armitage es un ejemplo perfecto de investigador de La llamada de Cthulhu: descubre la horrible verdad que se oculta tras el velo de la realidad pero decide luchar contra ella en vez de huir (como es habitual en la mayoría de los relatos lovecraftianos).

«Gorgonas, e hidras, y quimeras, terribles historias procedentes de Celeno y de las arpías, pueden replicarse por sí mismas en el cerebro de los supersticiosos, pero ya existían antes.

Son transcripciones, clases, los arquetipos que residen en nosotros, y son eternos. De otro modo, ¿por qué debería afectarnos la lectura de algo que una mente lúcida sabe que es falso? ¿Será que sentimos terror de forma natural procedente de dichos seres, materializado en su capacidad para infligirnos daño físico? ¡Pero eso es lo de menos! Dichos terrores son mucho más antiguos. Son anteriores a lo físico; incluso sin presencia física, habrían supuesto lo mismo...

...Ya que el tipo de terror del que hablamos es puramente espiritual; y es tan intenso como etéreo en la tierra y prevalece en el período de nuestra infancia libre de pecado; todo ello dificulta la solución que podría arrojar alguna luz sobre nuestra condición anterior a la corporeidad, y permitirnó echar un vistazo a las tierras tenebrosas anteriores a la existencia».

—Charles Lamb: Brujas y otros terrores nocturnos

El horror de Dunwich

de

H. P. Lovecraft

CAPÍTULO I.

Cuando un viajero, en la parte norte central de Massachusetts, toma el desvío incorrecto en la bifurcación de la carretera de Aylesbury, tras pasar Dean's Corners, se encuentra con una región aislada y curiosa. El terreno se eleva y los muros de piedra coronados de maleza se abalanzan más y más sobre las curvas polvorientas del camino. Los árboles de los frecuentes bosques circundantes parecen demasiado grandes, y los escaramujos, las zarzas y los pastos salvajes alcanzan una exuberancia que no se encuentra a menudo en regiones pobladas. Al mismo tiempo, los campos cultivados parecen ser particularmente escasos y yermos, mientras que las casas ampliamente dispersas reflejan un sorprendentemente uniforme aspecto de vejez, miseria y deterioro. Sin saber por qué, uno duda a la hora de pedir indicaciones a las figuras ásperas y solitarias que pueden atisbarse de vez en cuando en los portales derruidos o en las laderas inclinadas y cubiertas de rocas. Esas figuras son tan

silenciosas y furtivas que uno se siente de alguna manera expuesto a algo prohibido, cuyo contacto es mejor rehuir. Este extraño sentimiento de inquietud aumenta cuando un ascenso en la carretera deja a la vista las montañas que se ciernen sobre los profundos bosques. Las cumbres son demasiado redondeadas y simétricas como para transmitir una sensación cómoda y natural y, de vez en cuando, el cielo recorta con especial claridad los extraños círculos de pilares rocosos que coronan la mayoría de ellas.

Desfiladeros y barrancos de una profundidad problemática obstaculizan el paso y los rústicos puentes de madera siempre parecen de dudosa estabilidad. Cuando el camino baja de nuevo, hay terrenos pantanosos que uno rechaza instintivamente y que, de hecho, llega a temer en el crepúsculo, cuando escucha el parloteo invisible de los chotacabras y las luciérnagas salen en una abundancia anormal a bailar al ritmo ronco,

inquietantemente insistente, del canto estridente de los sapos. La línea fina y brillante del curso superior del Miskatonic tiene un carácter curiosamente serpentino al correr pegado a los pies de las colinas abovedadas entre las que nace.

Al acercarse a las colinas, uno repara más en sus laderas boscosas que en sus cimas coronadas de rocas. Estos flancos se elevan de manera tan oscura y abrupta que uno desearía que se mantuvieran a distancia, pero no hay camino que permita escapar de ellos. Al otro lado de un puente cubierto se ve una pequeña aldea acurrucada entre el río y la ladera vertical de Round Mountain, y uno se maravilla ante el apiñamiento de techos de mansarda podridos, que hablan de un periodo arquitectónico anterior al de la región vecina. No resulta tranquilizador ver, al mirar con mayor atención, que la mayor parte de las casas están abandonadas y en ruinas, y que la iglesia con su campanario roto alberga ahora el único y sórdido establecimiento comercial de la aldea.

Uno teme confiar en el tenebroso túnel del puente, aunque no hay manera de esquivarlo. Una vez al otro lado, resulta difícil evitar la impresión de que un tenue hedor maligno, como de musgo y podredumbre acumulados durante siglos, pende sobre la calle de la aldea. Resulta siempre un alivio alejarse de aquel sitio y seguir el estrecho camino alrededor de la base de las colinas y a través de la llanura, hasta regresar a la carretera de Aylesbury. Después, uno se da cuenta, a veces, de que ha pasado por Dunwich.

Los forasteros visitan Dunwich en contadas ocasiones, y desde cierta temporada de horrores todas las señales que conducían a él fueron retiradas. El paisaje, desde un punto de vista puramente estético, es algo más que bello; aun así, no hay ninguna afluencia de artistas o veraneantes. Hace dos siglos, cuando las historias de brujería, satanismo y extrañas presencias en los bosques no se tomaban a broma, era costumbre dar razones para evitar la localidad. En nuestros sensatos tiempos, desde que el horror de Dunwich de 1928 fue silenciado por los que velan por el bienestar de la aldea y del mundo, la gente la evita sin saber muy bien por qué. Quizá una de las razones, aunque no puede aplicarse a los foráneos desinformados, es que los nativos del lugar han caído en una decadencia repugnante, avanzando irremediabilmente por el sendero de la regresión, tan común en muchas áreas remotas de Nueva Inglaterra. Han llegado incluso a formar una raza propia, con los estigmas mentales y físicos bien definidos de la decadencia y la endogamia. El promedio de su inteligencia es desgraciadamente bajo, mientras que sus anales están saturados de franca depravación y de asesinatos, incestos y hazañas de violencia y perversidad casi impronunciables y medio ocultos. La antigua aristocracia, representada por las dos o tres familias de linaje que llegaron de Salem en 1692, se ha mantenido de algún modo por encima del nivel general de decadencia; aunque muchas ramas de su genealogía se han hundido tan profundamente en el sórdido populacho que solamente les quedan los apellidos para dar fe del origen

que mancillan. Algunos de los Whateley y los Bishop todavía mandan a sus primogénitos a Harvard y a Miskatonic, aunque estos rara vez regresan a los mohosos tejados de mansarda bajo los que nacieron tanto ellos como sus ancestros.

Nadie, ni siquiera los que conocen los hechos relacionados con el reciente horror, puede decir exactamente qué ocurre con Dunwich, aunque las antiguas leyendas hablan de ritos impíos y aquelarres indios donde se invocaban sombras prohibidas en las grandes colinas redondeadas y se llevaban a cabo salvajes plegarias orgiásticas a las que respondían fuertes crujidos y truenos subterráneos. En 1747, el reverendo Abijah Hoadley, recién llegado a la iglesia congregacionista del pueblo de Dunwich, pronunció un sermón memorable sobre la presencia de Satán y sus demonios, en el que dijo:

—Debe reconocerse que tales Blasfemias sobre un infernal Cortejo de Demonios son Asuntos de Conocimiento demasiado general como para ser negados. Las malditas Voces de Azazel y Buzrael, de Belcebú y Belial, procedentes de debajo de la Tierra, han sido ahora escuchadas por un Grupo de Testigos de confianza que aún viven. Yo mismo pude percibir, no hará más de una Quincena, un muy claro Discurso de los Poderes malignos en la Colina detrás de mi Casa, en el que había Estertores y Estruendos, Gemidos, Chillidos y Silbidos, que ningún Ser de esta Tierra podría provocar y que por necesidad procedían de aquellas Cuevas que solo la Magia negra puede descubrir y solo el Maligno revelar.

El señor Hoadley desapareció poco después de pronunciar este sermón, pero el texto, impreso en Springfield, todavía existe. Se siguió informando año tras año sobre ruidos en las colinas, y todavía son un misterio para los geólogos y fisiógrafos. Otras tradiciones hablan de hedores fétidos provenientes de los círculos de columnas de piedra que coronan las colinas y de presencias etéreas cuyas ráfagas pueden escucharse débilmente a ciertas horas en determinados puntos al pie de los grandes barrancos; mientras que aún otras intentan explicar el Salto del Diablo: un flanco de colina inhóspito, condenado, donde no crecen árboles, arbustos ni hojas de hierba. Además, los oriundos del lugar sienten un terror mortal hacia los numerosos chotacabras que rompen a cantar durante las noches cálidas. Aseguran que los pájaros son psicopompos que acechan las almas de los moribundos y que profieren sus gritos espeluznantes en consonancia con los estertores del enfermo. Si consiguen atrapar el alma cuando abandona el cuerpo, alzan el vuelo al punto, trinando con una risotada demoníaca; pero si fracasan se hunden gradualmente en un silencio desilusionado.

Estas historias son, sin duda, obsoletas y ridículas, pues provienen de épocas muy remotas. A decir verdad, Dunwich es ridículamente viejo, mucho más viejo que ninguna de las comunidades que pueden hallarse a treinta millas a la redonda. Al sur de la aldea todavía pueden verse las paredes del sótano y la chimenea de la antigua casa de los Bishop,

construida antes de 1700; mientras que las ruinas del molino de la cascada, construido en 1806, constituyen la muestra arquitectónica más moderna que puede verse. La industria no prosperó aquí, y el movimiento fabril del siglo XIX murió rápidamente.

Lo más antiguo son los grandes anillos de columnas de piedra toscamente labrada, pero estos se atribuyen

generalmente en mayor medida a los indios que a los colonos. Los depósitos de cráneos y huesos descubiertos en estos círculos, y alrededor de la notable roca con forma de mesa en Sentinel Hill, sustentan la creencia popular de que dichos enclaves fueron una vez cementerios de los Pocumtucks, aunque muchos etnólogos, pese a la absurda improbabilidad de tal teoría, persisten en su creencia de que los restos son caucásicos.

CAPÍTULO II.

Fue en el municipio de Dunwich, en una granja amplia y parcialmente deshabitada, levantada en una ladera a cuatro millas de la aldea y a milla y media de cualquier otro enclave, donde Wilbur Whateley nació, a las cinco de la madrugada de un domingo, día dos de febrero de 1913. La fecha fue recordada por ser la fiesta de la Candelaria, que las gentes de Dunwich observan, curiosamente, bajo otro nombre; y porque los ruidos sonaron en las colinas y todos los perros de la comarca ladraron de forma persistente durante la noche anterior. Menos digno de mención fue el hecho de que la madre fuera miembro de la rama decadente de los Whateley, una mujer algo deforme, albina y nada atractiva, de unos treinta y cinco años, que vivía con su padre, anciano y medio loco, sobre el habían corrido los más escalofriantes rumores de brujería en su juventud. Lavinia Whateley no había conocido esposo pero, siguiendo con la tradición de la zona, no hizo ningún intento por repudiar al niño, por mucho que la gente de la región pudiera, y lo hizo, especular tanto como quisiera acerca de su otro progenitor. Por el contrario, se la veía extrañamente orgullosa del niño moreno y de facciones cabrías que contrastaba tanto con su albinismo enfermizo y sus ojos rosados, y se la escuchó murmurar muchas profecías curiosas acerca de sus poderes insólitos y su portentoso futuro.

Lavinia bien podía murmurar tales cosas, pues era una criatura solitaria, dada a merodear entre las tormentas eléctricas de las colinas y a intentar leer los grandes volúmenes olorosos que su padre había heredado de los Whateley a lo largo de dos siglos y que se caían a pedazos a causa del tiempo y los gusanos. Nunca había ido a la escuela, pero conocía varios fragmentos incoherentes de antigua sabiduría popular que el Viejo Whateley le había enseñado. La gente siempre había temido aquella granja apartada a causa de la reputación del Viejo Whateley como practicante de magia negra, y la violenta e inexplicable muerte de la señora Whateley cuando Lavinia tenía doce años no había contribuido a hacerla más popular. Aislada y entre extrañas influencias, a Lavinia le gustaban las ensañaciones salvajes y majestuosas y las ocupaciones singulares; no le tomaban mucho tiempo las tareas domésticas en una casa donde los estándares de orden y limpieza habían desaparecido hacía tiempo.

La noche que Wilbur nació hubo un griterío espantoso que resonó incluso por encima de los ruidos de las colinas y los ladridos de los perros, pero ningún médico ni comadrona conocidos asistieron al alumbramiento. Los vecinos no supieron nada de él hasta una semana después, cuando el Viejo Whateley condujo su trineo a través de la noche hasta Dunwich y lanzó un discurso incoherente a un grupo de aldeanos en el colmado de Osborn. Parecía haberse producido un cambio en el anciano, un nuevo elemento de secretismo en aquel cerebro nublado, que lo había transformado sutilmente del objeto al sujeto del miedo, aunque no era una persona que se dejara perturbar por cualquier evento familiar común. A pesar de todo, mostraba algo del orgullo que podría observarse más tarde en su hija, y lo que dijo acerca de la paternidad del niño fue recordado por muchos de sus oyentes incluso años más tarde.

—No me importa lo que piense la gente. Si el chico de Lavinia se parece a su padre, no se parecerá a nada de lo que esperan. No hay motivo para pensar que la única gente que hay es la que anda por aquí. Lavinia ha leído un poco y ha visto algunas cosas que la mayoría de vosotros no podéis ni imaginar. A mi parecer, su hombre es tan buen marido como cualquiera de los que podáis encontrar a este lado de Aylesbury; y si supierais tanto de las colinas como yo, no podríais pedir mejor boda por la iglesia, ni ella tampoco. Dejadme deciros algo: ¡algún día oiréis al hijo de Lavinia pronunciar el nombre de su padre desde la cumbre de Sentinel Hill!

Las únicas personas que vieron a Wilbur durante su primer mes de vida fueron el viejo Zechariah Whateley, de la rama buena de los Whateley, y Mamie Bishop, la mujer que convivía con Earl Sawyer. La visita de Mamie fue puramente por curiosidad y lo que contó más tarde hizo justicia a sus observaciones; pero Zechariah fue a llevar un par de vacas de Alderney que el viejo Whateley le había comprado a su hijo Curtis. Esto marcó el inicio de una incesante compra de ganado por parte de la familia del pequeño Wilbur, que solamente acabó en 1928, cuando el horror de Dunwich se desató; sin embargo, en ningún momento el destartelado establo de los Whateley pareció rebosante de ganado. Hubo un período durante el que la gente sintió la suficiente curiosidad como para acercarse a escondidas y contar las cabezas de ganado que pastaban precariamente en la empinada ladera sobre la

vieja granja, y nunca podían contar más de diez o doce especímenes anémicos y aparentemente exangües. Evidentemente alguna plaga o enfermedad, quizá surgida de los pastos malsanos o del moho enfermizo de las vigas del cochambroso granero, había causado una gran mortandad entre los animales de los Whateley. Extrañas heridas o llagas, con aspecto de incisiones, parecían afligir al ganado que estaba a la vista; y una o dos veces durante los primeros meses algunos chismosos imaginaron que podían discernir llagas similares en las gargantas del viejo canoso y desarreglado y de su desaliñada y desgredada hija albina.

En la primavera siguiente al nacimiento de Wilbur, Lavinia retomó sus acostumbrados paseos por las colinas, llevando en sus desproporcionados brazos al chiquillo moreno. El interés público por los Whateley disminuyó después de que la mayor parte de los lugareños viera al bebé y nadie se preocupó por comentar el rápido desarrollo que parecía experimentar el recién nacido cada día que pasaba. El crecimiento de Wilbur era algo realmente extraordinario, pues solamente tres meses después de su alumbramiento había alcanzado un tamaño y una potencia muscular que no suele encontrarse en los infantes menores de un año. Sus movimientos e incluso sus sonidos vocales mostraban un control y una voluntad muy raros en un niño, y a nadie le sorprendió demasiado que, a los siete meses de edad, empezase a caminar sin ayuda, con unos tambaleos que desaparecieron en el plazo de un mes.

Fue poco después de ese momento, durante la víspera de Todos los Santos, cuando pudo verse un gran fuego a medianoche sobre la cima de Sentinel Hill, donde la vieja roca en forma de mesa se alza entre los túmulos de huesos antiguos. Se rumoreó mucho cuando Silas Bishop, de la rama sana de los Bishop, mencionó haber visto al chiquillo correr vigorosamente colina arriba, precediendo a su madre, cerca de una hora antes de que se advirtiera el fuego. Silas estaba buscando un ternero extraviado, pero casi olvidó por completo su empeño al ver fugazmente las dos siluetas a la débil luz de su lámpara. Se deslizaban casi en silencio a través de los arbustos y el atónito testigo creyó incluso ver que iban totalmente desnudos. Después no pudo estar seguro respecto

al chico, que podría haber llevado algún tipo de cinturón con flecos y un par de calzones o pantalones oscuros. De hecho, nunca volvió a verse a Wilbur de esa guisa mientras estuvo vivo y consciente, sino con un atuendo completo y abotonado hasta arriba, y cualquier amenaza o intento de alterar dicho atuendo lo llenaba de ira y alarma. El contraste con el aspecto desaliñado de su madre y su abuelo en ese sentido fue considerado muy notable hasta que el horror de 1928 sugirió la más válida de las razones.

El siguiente enero los cotilleos mostraron cierto interés en el hecho de que «el retoño negro de Lavinia» había empezado a hablar a la edad de solamente once meses. Su habla era destacable, tanto por el hecho de que difería de los acentos típicos de la región como porque carecía del balbuceo infantil del que muchos niños de tres o cuatro años estarían incluso orgullosos. El niño no era muy hablador, aunque cuando hablaba parecía reflejar cierto elemento elusivo completamente ajeno a Dunwich y sus vecinos. Lo extraño no residía en lo que decía ni en las expresiones simples que usaba, sino en que parecía ligado de algún modo a la entonación o a los órganos internos que producían los sonidos de su habla. Su aspecto facial destacaba también por su madurez, ya que, a pesar de compartir con su madre y con su abuelo la ausencia de mentón, su nariz firme y precozmente definida, junto a la expresión de sus ojos grandes, oscuros y casi latinos, le daba un aire incluso adulto y de elevada inteligencia preternatural. Aun así, era extremadamente feo a pesar de su aparente brillantez: había algo casi cabrío o animalesco en sus gruesos labios, en su piel porosa y amarillenta, en su pelo áspero y enmarañado y en sus orejas extrañamente alargadas. Pronto empezaron a rechazarlo incluso más que a su madre y su abuelo, y todas las conjeturas que se hacían sobre él estaban salpicadas de referencias a la antigua hechicería del Viejo Whateley, y al modo en que las colinas se habían sacudido aquella vez que pronunció el terrible nombre de *Yog-Sothoth* en medio del círculo de piedras con un gran libro abierto entre las manos. Los perros aborrecían al chico, que siempre se vio obligado a tomar varias medidas defensivas para protegerse de sus ladridos amenazadores.

CAPÍTULO III.

Mientras, el Viejo Whateley continuaba comprando ganado sin que incrementase notablemente la cantidad de cabezas de su rebaño. También cortó madera y empezó a reparar las partes inutilizadas de su casa: una construcción espaciosa y de tejado puntiagudo, la parte trasera del cual estaba enterrada por completo en la ladera rocosa de la colina, y cuyas tres habitaciones menos ruinosas, en la planta baja, siempre les habían bastado a él y a su hija. El anciano tuvo que tener prodigiosas reservas de fuerza para poder llevar a cabo una tarea tan dura y, aunque todavía balbucía locuras de vez en cuando, su carpintería parecía

basarse en cálculos sólidos. Había comenzado tan pronto como Wilbur nació, cuando ordenó repentinamente uno de sus numerosos cobertizos para herramientas, lo cerró con tablas y le puso un candado nuevo y robusto. Ahora, al restaurar la planta superior abandonada de la casa, no estaba siendo un artesano menos concienzudo. Su tendencia maníaca solo se mostró al clausurar con tablas las ventanas de la sección restaurada, aunque muchos consideraron una locura el mero hecho de molestarse en restaurar nada en absoluto. Menos extraño resultó que acondicionara otra habitación para su nieto en la planta baja; una habitación que vieron varios testigos,

unque ninguno de ellos fue admitido en el piso superior, entablado a cal y canto. En la habitación del nieto **a**colocó estanterías altas y sólidas, en las que gradualmente fue disponiendo, en un orden aparentemente cuidado, todos los volúmenes viejos y apolillados y parte de los libros que, durante su propia juventud, habían estado promiscuamente amontonados en cualquier rincón de las numerosas habitaciones.

—Les he sacado algún partido —solía decir mientras intentaba restaurar alguna página de letras negras rota con la cola que preparaba en el fogón herrumbroso de la cocina—, pero el chico hará mejor uso de ellos. Así que prefiero que los tenga lo mejor que pueda, porque le van a enseñar mucho.

Cuando Wilbur tenía un año y siete meses, en septiembre de 1914, su altura y sus logros eran casi alarmantes. Había crecido tanto como un niño de cuatro años y era un conversador fluido e increíblemente inteligente. Corría libremente por los campos y colinas, y acompañaba a su madre en todos sus paseos. En casa, solía estudiar atentamente las extrañas imágenes y grabados de los libros de su abuelo, mientras el Viejo Whateley lo instruía y aleccionaba durante prolongadas y silenciosas tardes. Por aquel entonces había terminado la restauración de la casa y aquellos que la contemplaban se preguntaban por qué una de las ventanas superiores había sido convertida en una puerta de gruesos tablones. Era una ventana de la parte trasera del techo en punta, en la parte que daba al este, cerca de la colina, y nadie podía imaginar por qué se había construido una rampa de madera afianzada con tablones desde allí hasta el suelo. Sobre la época en la que se completó este trabajo, la gente advirtió que la vieja caseta de las herramientas, cerrada a cal y canto y con todas las ventanas cerradas con tablas de madera desde el nacimiento de Wilbur, estaba de nuevo abandonada. La puerta se abría calladamente y, cuando Earl Sawyer entró una vez para venderle ganado al Viejo Whateley, quedó descompuesto por el singular olor que encontró ahí adentro: un hedor, aseveró más tarde, como jamás había olido antes en toda su vida excepto en los círculos indios de las colinas, y que no podía provenir de nada sano o de esta tierra. Aunque, por otra parte, las casas y cobertizos de la gente de Dunwich nunca habían destacado por la pureza de sus olores.

Los meses siguientes transcurrieron ausentes de sucesos manifiestos, salvo que todo el mundo aseguraba que los misteriosos sonidos de las colinas habían incrementado de manera lenta pero constante. En la víspera del primero de mayo de 1915 hubo temblores de tierra que incluso los habitantes de Aylesbury pudieron percibir, mientras que la siguiente víspera de Todos los Santos se produjo un rumor subterráneo extrañamente sincronizado con llamadas —«esos Whateley del demonio haciendo de las suyas»— en la cima de Sentinel Hill. Wilbur seguía creciendo de forma extraordinaria, de tal modo que parecía un niño de diez años al llegar a los cuatro. Ahora leía con avidez y sin ayuda, pero hablaba mucho menos

que antes. Le iba absorbiendo una naturaleza taciturna y, por primera vez, la gente empezó a hablar concretamente de la creciente malignidad de su rostro cabrío. Murmuraba a veces en una jerga desconocida y entonaba cantos extraños que helaban la sangre de sus oyentes con una inexplicable sensación de terror. La animadversión que le mostraban los perros se había convertido en algo ampliamente conocido, y se veía obligado a llevar una pistola para poder atravesar con seguridad los campos. Su uso ocasional del arma no hizo aumentar su popularidad entre los dueños de los perros guardianes.

Los pocos visitantes de la casa se encontraban a menudo a Lavinia sola en la planta de abajo, mientras gritos y pisadas extrañas resonaban en la segunda planta clausurada con tablas. Ella nunca contaba lo que su padre y el chico hacían allí arriba, aunque una vez se puso pálida y mostró un terror anormal cuando un vendedor de pescado bromista intentó abrir la puerta cerrada que llevaba a la escalera. El vendedor contó a los clientes de su tienda en Dunwich que creyó oír un caballo coceando en el piso superior. Los parroquianos reflexionaron, pensando en la puerta y la rampa, y en el ganado que iba desapareciendo con tanta rapidez. Después se estremecieron al recordar las historias sobre la juventud del Viejo Whateley y sobre las cosas extrañas que se cuenta que pueden invocarse de la tierra cuando se sacrifica un ternero a ciertos dioses impíos en el momento apropiado. Se llevaba advirtiendo desde hacía algún tiempo que los perros habían empezado a odiar y temer toda la finca de los Whateley de manera tan violenta como odiaban y temían al joven Wilbur en persona.

En 1917 llegó la guerra y el juez de paz Sawyer Whateley, en su función de presidente de la Junta de Reclutamiento local, se encontró con serias dificultades para cumplir con la cuota de hombres jóvenes de Dunwich a los que mandar como reclutas al campo de entrenamiento. El gobierno, alarmado ante tales indicios de decadencia regional generalizada, mandó a varios oficiales y expertos médicos a investigar, quienes llevaron a cabo una encuesta que aún pueden recordar los lectores de los periódicos de Nueva Inglaterra. Fue la publicidad que se le dio a la investigación lo que puso a los periodistas sobre la pista de los Whateley y lo que condujo al *Boston Globe* y al *Arkham Advertiser* a publicar fantásticas historias para la edición dominical sobre la precocidad del joven Wilbur, la magia negra del Viejo Whateley, las estanterías repletas de libros extraños, la segunda planta tapiada de la vieja granja, así como la misteriosa atmósfera de la región entera y los ruidos providentes de sus colinas. Wilbur tenía cuatro años y medio por aquel entonces y tenía el aspecto de un joven de quince. Sus labios y mejillas estaban cubiertos por un vello áspero y oscuro, y había empezado a cambiarle la voz.

Earl Sawyer partió hacia la finca de los Whateley acompañado con los dos equipos de periodistas y fotógrafos, y les llamó la atención acerca del extraño hedor que ahora parecía filtrarse desde los espacios sellados de la planta superior.

Era, les dijo, exactamente el mismo olor que había percibido en la caseta de herramientas abandonada justo cuando terminaron las reparaciones de la casa, e igual que los vagos olores que le parecía percibir a veces cerca de los círculos de piedra de las montañas. La gente de Dunwich leyó aquellas historias cuando aparecieron en la prensa y se sonrieron ante los errores evidentes. También se preguntaron, por qué los

periodistas habían hecho tanto hincapié en el hecho de que el Viejo Whateley siempre pagaba por su ganado con piezas de oro extremadamente antiguas. Los Whateley habían recibido a los visitantes con un disgusto mal disimulado, pero no se atrevieron a provocar más publicidad con un rechazo violento o una negativa a hablar.

CAPÍTULO IV.

Durante una década, la historia de los Whateley se mezcló indistintamente con la vida general de una comunidad enfermiza acostumbrada a sus tradiciones extrañas y endurecida por sus orgías de la víspera de mayo y de Todos los Santos. Dos veces al año encendían fogatas en la cima de Sentinel Hill, momentos en los que los estruendos en las montañas se repetían con una violencia cada vez mayor, mientras que en todas las estaciones se producían extraños y portentosos sucesos en la solitaria granja. Con el paso del tiempo, los visitantes aseguraron escuchar sonidos en el piso superior sellado incluso cuando la familia se encontraba en la planta baja, y se preguntaban cuán rápido o con cuanta frecuencia se sacrificaban generalmente vacas o terneros. Se sugirió hacer llegar una queja a la Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra Animales, pero no se llegó a hacer, pues la gente de Dunwich nunca fue muy dada a buscar ayuda en el mundo exterior.

Alrededor de 1923, cuando Wilbur era un niño de diez años cuya mentalidad, voz, estatura y rostro barbudo mostraban todos los signos de la madurez, una segunda gran obra de carpintería se llevó a cabo sobre la vieja casa. Ocurrió dentro de la parte superior clausurada y, a partir de los pedazos de madera desechada, la gente concluyó que el joven y su abuelo habían echado abajo todos los tabiques e incluso levantado el suelo del ático, dejando solamente un gran vacío abierto entre la planta baja y el puntiagudo tejado. También habían derruido la gran chimenea central y habían reemplazado el tiro con un endeble conducto para la estufa exterior hecho de latón.

Durante la primavera siguiente a este acontecimiento, el Viejo Whateley advirtió el número creciente de chotacabras que emergían de la cañada de Cold Spring para piar bajo su ventana por las noches. Pareció otorgarle a aquella circunstancia una gran significación y contó a los clientes de la tienda de Osborn que creía que su hora estaba ya muy cerca.

—Ahora silban al mismo ritmo que yo respiro —decía— y me figuro que se están preparando para tomar mi alma. Saben que está a punto de partir y no quieren dejarla escapar. Cuando me haya ido, muchachos, sabréis si la han cogido o no. Si lo hacen, seguirán cantando y riendo hasta que amanezca. Si no lo hacen, sus voces se callarán. Los estoy esperando, a ellos y a las almas que cazan, pues les voy a plantar cara.

La noche de Lammas de 1924, el doctor Houghton de Aylesbury fue convocado apresuradamente por Wilbur Whateley, que había azotado el único caballo que le quedaba para que cruzase la oscuridad a la carrera y poder telefonar al pueblo desde casa de los Osborn. El médico encontró al Viejo Whateley en un estado muy grave, con el pulso alterado y una respiración estentórea que indicaban que su final no estaba muy lejos. Su deforme hija albina y su nieto extrañamente barbudo guardaban la cama mientras, del vacío abismo por encima de sus cabezas, provenía el sugerente e inquietante sonido rítmico de una marea o un chapaletéo, como de olas sobre la playa. No obstante, lo que más perturbó al doctor fue el piar de las aves nocturnas fuera de la finca: una legión aparentemente infinita de chotacabras que cotorreaba su interminable mensaje en repeticiones diabólicamente sincronizadas con los resuellos sibilantes del moribundo. Resultaba sorprendente y antinatural; demasiado, pensó el doctor Houghton, como toda esa región, en la que había entrado tan reaciamente en respuesta a la llamada urgente.

Hacia la una en punto, el Viejo Whateley recobró la conciencia e interrumpió sus resuellos para espetarle unas palabras a su nieto.

—Más espacio, Willy. Más espacio, y pronto. Tú creces y *eso* crece todavía más rápido. Pronto estará preparado para servirte, hijo. Abre las puertas a *Yog-Sothoth* con el largo canto que encontrarás en la página 751 de la *edición completa*, y luego incendia la prisión. El fuego de la Tierra no puede quemarlo de ningún modo.

Evidentemente, estaba delirando. Tras una pausa, durante la que la bandada de chotacabras que había fuera adaptó sus gorjeos al tempo alterado del moribundo a la vez que unos extraños sonidos venidos de las colinas les llegaban desde la lejanía, añadió una o dos frases más.

—Aliméntalo regularmente, Willy, y en cantidad, pero no lo dejes crecer demasiado rápido para la estancia, pues si la destroza o consigue salir antes de que abras las puertas a *Yog-Sothoth*, no habrá servido de nada. Solamente los que están más allá pueden hacerlo multiplicarse y trabajar... Solo ellos, los Antiguos, que desean regresar...

Pero el habla dejó pronto paso al resuello y Lavinia gritó a los chotacabras, que siguieron aquel cambio. Así continuó durante más de una hora, tras la que exhaló el último estertor. El doctor Houghton le cerró los párpados encogidos sobre los ojos grises y vidriosos mientras el tumulto de pájaros se desvanecía casi imperceptiblemente en el silencio. Lavinia sollozó, pero Wilbur solamente sonrió mientras los ruidos de las colinas retumbaban débilmente.

—No la han atrapado —murmuró con su grave voz de bajo.

Por aquel entonces, Wilbur ya era un erudito de una sabiduría tremenda en su campo, y tenía una relación por correspondencia con varios bibliotecarios de lugares distantes donde se guardaban libros raros y prohibidos de épocas pretéritas. Cada vez se le odiaba y temía más en los alrededores de Dunwich a causa de ciertas desapariciones de jóvenes cuyas investigaciones le señalaban vagamente; aunque siempre fue capaz de silenciar cualquier pesquisa a través del miedo o de aquel fondo de oro antiguo que todavía, igual que en tiempos de su abuelo, dedicaba de manera regular y cada vez más frecuente a la compra de ganado. Tenía ahora un aspecto tremendamente maduro, y habiendo alcanzado la altura normal de un adulto, parecía propenso a sobrepasarla. En 1925, cuando uno de sus contactos por correspondencia de la Universidad Miskatonic lo visitó un día, marchándose después muy pálido y confuso, había llegado a la altura de un metro y ochenta y cinco centímetros.

A lo largo de los años, Wilbur había tratado a su madre albina y medio deforme con creciente desdén, hasta que finalmente le prohibió acompañarlo a las colinas durante las vísperas del primero de mayo y de Todos los Santos; y, en 1926, la pobre criatura le confesó a Mamie Bishop que le temía.

—Sé más cosas sobre él de las que puedo contarte, Mamie —le dijo—, aunque hoy en día ignoro mucho más de lo que sé. Juro por Dios que no sé lo que quiere ni lo que está intentando hacer.

Durante aquella víspera de Todos los Santos, los ruidos en las colinas sonaron más alto que nunca antes y el fuego ardió en Sentinel Hill como de costumbre; pero la gente prestó más atención al griterío rítmico de las vastas bandadas de chotacabras, inusualmente tardías para esa época, que parecían congregarse cerca de la siniestra granja de los Whateley. Después de medianoche, sus notas estridentes estallaron en una barahúnda caótica que reverberó por toda la región, y que no se aquietó hasta el alba. Luego se desvanecieron, apresurándose hacia el sur donde deberían haber migrado hacía un mes. Lo que aquello significaba nadie lo pudo suponer hasta más tarde. Nadie en la región parecía haber muerto, aunque a la pobre Lavinia Whateley, la retorcida albina, no se la volvió a ver.

Durante el verano de 1927, Wilbur reparó dos cobertizos del patio de la granja y empezó a trasladar allí sus libros y efectos personales. Poco después, Earl Sawyer contó a los clientes del almacén de Osborn que se estaban llevando a cabo incluso más obras en la granja de los Whateley. Wilbur estaba tapiando todas las puertas y ventanas de la planta inferior y parecía estar quitando los tabiques, tal y como habían hecho él y su abuelo en el piso de arriba años atrás. Wilbur vivía ahora en uno de los cobertizos y Sawyer creyó haberlo visto inusualmente preocupado y trémulo. La gente sospechaba, en general, que sabía algo sobre la desaparición de su madre y muy pocos se atrevían ahora a aproximarse a las cercanías de su casa. Su estatura había incrementado hasta superar los dos metros veinte y no mostraba ningún indicio de que su crecimiento fuera a detenerse.

CAPÍTULO V.

El invierno siguiente no trajo ningún evento más extraordinario que el primer viaje de Wilbur fuera de la región de Dunwich. Sus intentos por correspondencia con la Biblioteca Widener de Harvard, la Bibliothèque Nationale de París, la del British Museum, la Universidad de Buenos Aires y la Biblioteca de la Universidad Miskatonic en Arkham habían fracasado a la hora de conseguir en préstamo el libro que buscaba con tanto desespero; así que, finalmente, se había personado, desaliñado, sucio, barbudo y con su dialecto zafio, para consultar la copia de la Miskatonic, que era la más cercana geográficamente. Con sus casi dos metros y medio de altura y acarreando una maleta barata que había comprado en el almacén de Osborn, aquella gárgola oscura y cabría apareció un día en Arkham en busca del terrible volumen que guardaban bajo cerrojo en la biblioteca de la universidad: el aborrecible *Necronomicon* del árabe loco Abdul Alhazred, en la versión latina de Olaus Wormius, impresa en

España en el siglo XVII. Wilbur nunca había visitado aquella ciudad, pero no tenía otra intención que la de encontrar el modo de llegar a la universidad, donde, de hecho, pasó sin prestar atención al gran perro guardián de colmillos blancos, que le ladró con una furia y una animadversión sobrenaturales, mientras tiraba frenéticamente de su robusta cadena.

Wilbur llevaba consigo la preciada aunque imperfecta copia en inglés del doctor Dee que su abuelo le había legado y que, tras conseguir acceso a la copia en latín, empezó a cotejar con el propósito de descubrir cierto pasaje que debía haber figurado en la página 751 de su defectuoso volumen. No pudo abstenerse, por cortesía, de señalar aquello al bibliotecario, que era el mismo erudito Henry Armitage (*Artius Magister* por la Universidad Miskatonic, doctorado en Filosofía en Princeton, doctor en Literatura por la Johns Hopkins) que lo había visitado una vez en la granja y que ahora lo

acosaba educadamente con preguntas. Estaba buscando, tuvo que admitir, algún tipo de fórmula o encantamiento que contuviera el temible nombre de *Yog-Sothoth*, y le confundió el encontrar discrepancias, repeticiones y ambigüedades que tanto dificultaban la tarea de determinar el texto final. Mientras copiaba la fórmula por la que finalmente se había decidido, el doctor Armitage dio una ojeada involuntaria por encima de su hombro a las páginas abiertas; la de la izquierda, en la versión en latín, contenía amenazas realmente monstruosas contra la paz y la cordura en el mundo.

«No debe creerse —decía el texto que Armitage traducía mentalmente— que el hombre es el más antiguo o el último de los amos de esta tierra, ni que esta combinación de vida y sustancia se sostiene por sí sola en el universo. Los Antiguos fueron, los Antiguos son y los Antiguos serán. No en los espacios que conocemos, sino entre ellos. Caminan serenos y primordiales, sin dimensión y ocultos a nuestra vista. *Yog-Sothoth* conoce la puerta. *Yog-Sothoth* es la puerta. *Yog-Sothoth* es la llave y el guardián de la puerta. Pasado, presente, futuro, todos son uno en *Yog-Sothoth*. Él sabe por dónde se abrieron camino los Antiguos en el pasado, y por dónde se abrirán camino otra vez. Él sabe dónde han hollado los campos de la Tierra y dónde siguen hollándolos, y por qué nadie los puede contemplar mientras lo hacen. Por Su olor algunas veces los hombres pueden saber que están cerca, pero Su parecido no lo conoce ninguno, *salvo únicamente en los rasgos de los hombres que Ellos han engendrado*, y de estos hay de muchos tipos, difiriendo en semejanza del genuino aspecto humano hasta la forma sin imagen ni sustancia que es la de *Ellos*. Caminan, ocultos y hediondos, por espacios solitarios donde las Palabras han sido pronunciadas y los Ritos aullados en las Estaciones apropiadas. El viento farfulla con Sus voces, y la tierra murmura con Su voluntad. Ellos abaten el bosque y destruyen la ciudad, aunque ningún bosque ni ciudad puede contemplar la mano que los aniquila. Kadath, en el páramo helado, los ha conocido; pero, ¿qué hombre conoce Kadath? El desierto helado del sur y las islas sumergidas del océano conservan piedras donde Su sello está grabado; pero, ¿quién ha visto la profunda ciudad helada o la torre sellada, engalanada con algas y bálanos desde antiguo? El Gran Cthulhu es Su primo y, aun así, apenas puede entreverlos débilmente. ¡*lā!* ¡*Shub-Niggurath!* Por su olor infame Los conoceréis. Su mano está en vuestras gargantas, aunque no Los podáis ver; Su morada es una con el umbral que custodiáis. *Yog-Sothoth* es la llave de la puerta en la que coinciden las esferas. El hombre reina ahora donde Ellos reinaron una vez; pronto, Ellos reinarán donde el hombre reina ahora. Después del verano viene el invierno; después del invierno, el verano. Ellos esperan, pacientes y poderosos, pues Ellos volverán a reinar de nuevo.»

Al asociar lo que estaba leyendo con lo que había oído sobre Dunwich y sus perturbadoras presencias —y sobre Wilbur Whateley y su tenue y abominable fama, que iba desde la idea de un dudoso nacimiento a la noción de un posible

matricidio—, el Dr. Armitage sintió una oleada de pavor tan intangible como la corriente de aire que proviene de la humedad pegajosa y fría de la tumba. El gigante cabrío, inclinado ante él, parecía talmente el engendro de otra dimensión, como algo que fuera solamente en parte humano y que estuviese ligado a los negros abismos de la esencia y la entidad que se extienden como espectros más allá de las esferas de la fuerza y la materia, del espacio y del tiempo. En ese momento, Wilbur levantó la cabeza y empezó a hablar de aquella manera extraña y resonante que hacía sospechar de unos órganos fonadores muy diferentes a los de los seres humanos.

—Señor Armitage —dijo—, me figuro que me tendré que llevar este libro a casa. Hay cosas que necesito comprobar bajo ciertas condiciones de las que aquí no dispongo, y sería un pecado mortal dejar que una traba burocrática me lo impidiera. Permítame llevármelo, señor, y le aseguro que nadie se dará cuenta jamás. No necesito decirle que cuidaré bien de él. No fui yo quien descuidó tanto esta copia de Dee...

Ahí se detuvo, al ver la firme negación en el rostro del bibliotecario, y sus facciones cabrías adquirieron una expresión taimada. Armitage, que estuvo a punto de decirle que podía hacer una copia de las partes que necesitara, cayó de repente en la cuenta de las posibles consecuencias y prefirió callarse. Era una responsabilidad demasiado grande darle a aquel ser la llave de acceso a esas blasfemas esferas exteriores. Whateley, al comprender el cariz que tomaban las cosas, trató de contestar con desenfado.

—Muy bien. Si eso es lo que piensa al respecto... Puede que en Harvard no sean tan quisquillosos como usted —y, sin decir una palabra más, se levantó y se marchó del edificio a grandes zancadas, agachándose para traspasar el dintel de cada puerta.

Armitage oyó los aullidos salvajes del gran perro guardián y estudió los andares simiescos de Whateley mientras este cruzaba el trozo de campus que podía atisbarse a través de la ventana. Pensó en las increíbles historias que había escuchado y recordó los antiguos artículos dominicales del *Advertiser*; en eso y en lo que había sacado de los rústicos villanos de Dunwich la única vez que lo había visitado. Cosas invisibles que no eran de esta Tierra —o, al menos, no de la Tierra tridimensional— vagaban, fétidas y horrendas, por los valles de Nueva Inglaterra y procreaban obscenamente en las cimas de sus colinas. De esto hacía tiempo que estaba seguro. Ahora parecía percibir la cercana presencia de una terrible parte de aquel horror intruso y atisbar un avance demoníaco en los negros dominios de una pesadilla antigua y en otro tiempo pasiva. Encerró bajo llave el *Necronomicón* con un escalofrío de disgusto, pues la estancia aún hedía con un olor sacrílego que no podía identificar.

—«Por su hedor lo distinguiréis» —citó.

Sí, el olor era el mismo que le había repugnado en la granja de los Whateley tres años atrás. Pensó de nuevo en Wilbur, cabrío y ominoso, y se mofó de los rumores del pueblo sobre su progenitor.

—¿Incesto? —masculló Armitage para sí mismo a media voz—. ¡Dios bendito, qué idiotas! ¡Si leyera el *Gran Dios Pan* de Arthur Machen lo tomarían como un escándalo más del pueblo de Dunwich! Pero, ¿qué cosa, qué maldita influencia informe dentro o fuera de esta Tierra tridimensional, era el padre de Wilbur Whateley? Nacido en la noche de la Candelaria, nueve meses después de la vigilia del primero de mayo de 1912, cuando los rumores de los extraños ruidos provenientes de la tierra llegaron incluso a Arkham... ¿Qué deambuló por las montañas aquella vigilia del primero de mayo? ¿Qué horror en carne y sangre, medio humano, se había desatado sobre el mundo en Viernes Santo?

Durante las siguientes semanas, el doctor Armitage se propuso recopilar toda la información posible sobre Wilbur

Whateley y las presencias informes que rodeaban Dunwich. Se puso en contacto con el doctor Houghton de Aylesbury, que había atendido al Viejo Whateley durante su último trance, y descubrió mucho que ponderar sobre las últimas palabras del abuelo, que el médico le citó. Su visita a la población de Dunwich no le proporcionó muchas más novedades; pero una detallada revisión del *Necronomicón*, especialmente las partes que Wilbur había cotejado tan ávidamente, pareció proporcionarle nuevas y terribles pistas sobre la naturaleza, métodos y deseos del extraño mal que tan vagamente amenazaba este planeta. Sus charlas con varios estudiosos del saber antiguo en Boston y las cartas a muchos otros en otras partes le produjeron un asombro creciente que pasó lentamente por varios grados de alarma hasta llegar a un estado de agudo terror espiritual. A medida que se acercaba el verano, tuvo la vaga sensación de que debía hacer algo acerca de los terrores que acechaban el valle superior del Miskatonic y en relación al ser monstruoso conocido por el mundo humano como Wilbur Whateley.

CAPÍTULO VI.

El horror de Dunwich se desató entre el día de Lammas y el equinoccio de 1928, y el doctor Armitage estuvo entre los testigos de este monstruoso prólogo. Se había enterado, mientras tanto, del grotesco viaje de Whateley a Cambridge y de sus frenéticos esfuerzos por sacar en préstamo o copiar el *Necronomicón* en la biblioteca Widener. Dichos esfuerzos habían sido en balde, ya que Armitage había enviado advertencias de marcada intensidad a todos los bibliotecarios que tenían en custodia el temible volumen. Wilbur se había mostrado asombrosamente nervioso en Cambridge: ansioso por conseguir el libro y casi igual de ansioso por regresar a casa, como si temiera las consecuencias de ausentarse durante mucho tiempo.

A principios de agosto sucedió el final casi esperado, y durante la madrugada del tercer día, los gritos salvajes y feroces del brutal perro guardián en el campus despertaron de repente al doctor Armitage. Profundos y terribles, los ladridos y gruñidos casi demenciales siguieron subiendo de volumen, acompañados de silencios de terrible significado. Entonces sonó un aullido procedente de una garganta completamente distinta —ese alarido despertó a la mitad de los durmientes de Arkham y los persiguió en sus sueños desde entonces—; un aullido que no podía proceder de ningún ser nacido en la Tierra, no del todo al menos.

Tras vestirse apresuradamente y cruzar la calle y el césped a la carrera hacia los edificios de la universidad, Armitage vio que otros se le habían adelantado, y escuchó los ecos de la alarma contra ladrones resonando aún en la biblioteca. Podía verse el hueco negro y expectante de una ventana abierta a la luz de la luna. Lo que fuese había conseguido entrar, pues los

ladridos y los aullidos, que ahora se difuminaban en una mezcla de graves gruñidos y plañidos, procedían sin lugar a dudas del interior. Un instinto advirtió a Armitage de que lo que estaba sucediendo no era algo que debieran presenciar los ojos desprevenidos de cualquiera, así que apartó a la multitud de curiosos con autoridad mientras abría la puerta del vestíbulo. Entre el gentío vio al profesor Warren Rice y al doctor Francis Morgan, hombres a quienes había confiado sus conjeturas y recelos, y a quienes gesticuló para que se acercaran. Los sonidos del interior, a excepción del gimoteo vigilante y monótono del perro, se habían sosegado bastante en aquel momento; pero ahora Armitage percibía con un repentino sobresalto que entre los arbustos un ruidoso coro de chotacabras había comenzado a emitir un chillido terriblemente rítmico, como en armonía con los últimos jadeos de un moribundo.

El edificio estaba saturado de un hedor espantoso que el doctor Armitage conocía demasiado bien, y los tres hombres se apresuraron a cruzar el vestíbulo hasta la pequeña sala de lectura de genealogía, el lugar del que provenía el grave gemido. Durante un segundo nadie se atrevió a encender la luz, luego Armitage hizo acopio de valor y apretó el interruptor. Uno de los tres, no es seguro quién, gritó ante lo que se veía entre las mesas desordenadas y las sillas volcadas. El profesor Rice asegura que perdió la conciencia por completo durante un instante, aunque no se desvaneció ni llegó a caer.

Lo que yacía doblegado sobre un costado en medio de un charco de una sustancia pegajosa y profundamente alquitranada, de color purulento amarillo-verdoso, medía casi dos metros ochenta de altura, y el perro le había arrancado toda la ropa y parte de la piel. No estaba del todo muerto, pero se

sacudía silenciosa y espasmódicamente mientras jadeaba en una concordancia monstruosa con el enloquecido chillar de los expectantes chotacabras en el exterior. Retazos de cuero de zapatos y fragmentos de vestimenta se encontraban diseminados por la habitación y, junto al interior de la ventana, una mochila de tela vacía yacía donde había sido evidentemente arrojada. Cerca del mostrador central había caído un revólver; un cartucho percutido pero sin pólvora explicó más tarde por qué no se había disparado. La cosa en sí, no obstante, empujaba cualquier otra imagen en aquel momento. Resultaría manido y no del todo preciso decir que ninguna pluma humana podría describirlo, pero uno puede muy bien afirmar que no podría ser vívidamente representado por nadie cuyas ideas sobre el aspecto y el contorno estuvieran demasiado apegadas a las formas comunes de este planeta y a las de las tres dimensiones que conocemos. Era parcialmente humano, más allá de cualquier duda, con manos y cabeza muy masculinas, y el rostro cabrío y sin mentón llevaba el sello de los Whateley. Pero el torso y las partes inferiores del cuerpo eran teratológicamente fabulosas, de tal manera que solo un atuendo generoso le habría permitido caminar por la Tierra sin provocar rechazo o ser aniquilado.

Por encima de la cintura era casi antropomorfo; aunque su pecho, donde las desgarradoras patas del perro todavía descansaban vigilantes, mostraba el cuero grueso y reticulado de un cocodrilo o un caimán. Tenía la espalda moteada, con lunares amarillos y negros, que sugerían vagamente la piel escamosa de algunas serpientes. Por debajo de la cintura, sin embargo, era mucho peor, puesto que ahí terminaba todo parecido con la forma humana y comenzaba la más absoluta fantasía. Tenía la piel espesamente cubierta de pelo negro y áspero, y del abdomen le brotaba un cuadrado flácido de largos tentáculos de un color gris verdoso con ventosas rojas. Su alineación era singular y parecía seguir las simetrías de alguna geometría cósmica desconocida en la Tierra o en el sistema solar. A lado y lado de las caderas, profundamente hundido en una especie de órbita rosácea y ciliada, había lo que parecía ser un ojo rudimentario; mientras que, a modo de cola, se desprendía una especie de trompa o antena con marcas anulares púrpuras y que presentaba evidencias de tratarse de una boca o garganta poco desarrollada. Excepto por el pelaje negro, las extremidades se asemejaban ligeramente a las patas traseras de los saurios gigantes de la prehistoria terrestre, y terminaban en patas surcadas de venas sin cascos ni garras. Cuando aquella cosa respiraba, su cola y tentáculos cambiaban rítmicamente de color, como a causa de alguna función circulatoria normal para la parte no-humana de su procedencia. Se podía observar en los tentáculos un oscurecimiento de matiz verdoso, mientras que en la cola se hacía manifiesta una apariencia amarillenta que se alternaba con otra de un enfermizo color blanco grisáceo en los espacios entre los anillos púrpura. No había ningún rastro de sangre real, solamente la fétida sustancia amarillo-verdosa que goteaba a lo largo del suelo pintado más allá del alcance de la viscosidad y dejaba a su paso una curiosa decoloración.

La presencia de los tres hombres pareció despertar a aquella cosa moribunda, que comenzó a balbucear sin volverse ni levantar la cabeza. El doctor Armitage no dejó ningún registro escrito de lo que boqueó, pero asevera con seguridad que no pronunció nada en inglés. Al principio, todas las sílabas desafiaban cualquier correlación con ningún idioma de la Tierra, pero hacia el final sonaron algunos fragmentos inconexos evidentemente tomados del *Necronomicón*, aquella monstruosa blasfemia en pos de la cual había perecido aquel ser. Los fragmentos, tal y como Armitage los recuerda, decían algo así como «*N'gai, n'gha'ghaa, bugg-shoggog, y'hah; Yog-Sothoth, Yog-Sothoth...*». Se fueron apagando hasta la nada mientras los chotacabras chillaban en un rítmico *crescendo* de impía anticipación.

Luego el jadeo se detuvo y el perro alzó la cabeza en un aullido prolongado y lúgubre. Se notó entonces un cambio en el rostro amarillento y cabrío de la cosa postrada y los grandes ojos negros se hundieron de forma espantosa en las órbitas. Al otro lado de la ventana, el chillar de los chotacabras había cesado repentinamente, y por encima de los murmullos de la gente congregada se escuchaba el sonido de un zumbir y un batir en pleno pánico. Recortadas contra la luna, grandes nubes acechantes de criaturas aladas se elevaban y huían hasta perderse de vista, lanzándose frenéticas a la huida de lo que habían buscado como presa.

Al punto, el perro se incorporó bruscamente, lanzó un ladrido atemorizado y saltó nervioso fuera de la ventana a través de la que había entrado. Un grito se levantó entre la multitud y el doctor Armitage gritó a los hombres de afuera que nadie podía entrar allí hasta que la policía o el forense llegasen. Se sentía agradecido de que las ventanas fueran demasiado altas como para que se pudiera espiar desde fuera y corrió las oscuras cortinas cuidadosamente sobre cada una de ellas. Para aquel entonces habían llegado un par de policías y el doctor Morgan, que los recibió en el vestíbulo, les urgió a posponer su entrada a la hedionda sala de lectura, por su propio bien, hasta que el forense llegase y cubriese aquella cosa postrada.

Mientras tanto, terribles cambios estaban sucediendo en el suelo. No hay necesidad de describir el *tipo* y la *proporción* del encogimiento y la desintegración que ocurrieron ante los ojos del doctor Armitage y el profesor Rice; pero resulta aceptable decir que, más allá de la apariencia externa de las manos y la cara, el elemento realmente humano que le quedaba a Wilbur Whateley debió de haber sido muy escaso. Cuando llegó el forense, solo quedaba una masa pegajosa y blanquecina sobre las tablas pintadas y el monstruoso hedor prácticamente había desaparecido. Al parecer, Whateley no había tenido un cráneo ni un esqueleto óseo, al menos no en ningún sentido verdadero o estable. De alguna manera sí se había parecido a su padre.

CAPÍTULO VII.

A un así, todo esto no fue más que el prólogo del auténtico horror de Dunwich. Las perplejas autoridades llevaron a cabo todo tipo de formalidades, los detalles anormales se escondieron debidamente de la prensa y el público, y se enviaron hombres a Dunwich y Aylesbury para revisar las propiedades y notificar a quien pudiera ser el heredero del difunto Wilbur Whateley. Se encontraron con que el pueblo estaba sumido en una gran agitación, tanto a causa de los numerosos estruendos que se escuchaban debajo de las colinas malditas, como por el insólito hedor y los sonidos ascendentes y chapoteantes que surgían con cada vez mayor frecuencia de la gran estructura vacía formada por la granja tapiada de los Whateley. Earl Sawyer, que se ocupó del caballo y del ganado durante la ausencia de Wilbur, tenía los nervios destrozados. Los oficiales de policía idearon toda clase de excusas para no tener que entrar en aquel lugar hediondo cerrado con tablas, y se dieron por satisfechos con limitar su investigación a una única visita a los aposentos del difunto y los cobertizos recién reformados. Entregaron un voluminoso informe en los juzgados de Aylesbury, y se rumorea que los litigios por la herencia todavía están en proceso entre los innumerables Whateley, de las ramas buenas y malas, del valle superior del Miskatonic.

Un manuscrito prácticamente interminable escrito en caracteres extraños, en un enorme libro mayor que se consideró un diario, a juzgar por el espaciado y las variaciones de la tinta y la caligrafía, supuso un desconcertante rompecabezas para quienes lo encontraron en el viejo buró que le había servido a su dueño de escritorio. Tras una semana de discusiones, se mandó a la Universidad Miskatonic, juntamente con la colección de libros extraños del difunto, para su estudio y posible traducción; pero incluso los mejores lingüistas se dieron pronto cuenta de que no era probable que el acertijo fuese resuelto con facilidad. No se descubrió el más mínimo rastro del oro antiguo con el que Wilbur y el Viejo Whateley habían pagado sus deudas.

Fue al anochecer del 9 de septiembre cuando el horror se desencadenó. Los ruidos de las colinas habían sido muy pronunciados durante la tarde y los perros ladraron frenéticamente toda la noche. Los que madrugaron el día 10 percibieron un hedor particular en el aire. Hacia las siete en punto, Luther Brown, el peón de la granja de George Corey, entre la cañada de Cold Spring y el pueblo, se apresuró a regresar frenético de su caminata matutina al prado de diez acres donde pastaban las vacas. Casi convulsionó de miedo mientras entraba dando tumbos en la cocina y, en el patio exterior, un no menos asustado rebaño coceaba y mugía lastimosamente, habiendo seguido al muchacho en el ataque de pánico que compartían con él. Entre jadeos, Luther intentó tartamudear su historia a la señora Corey.

—Ahí arriba, en el camino que hay más allá de la cañada, señora Corey, ¡allí ha pasado algo! Huele que apesta y todas

las zarzas y árboles pequeños están empujados fuera del camino como si les hubiera pasado una casa por encima. Y eso ni siquiera es lo peor. Hay *huellas* en el camino, señora Corey, grandes huellas circulares como cabezas de barril, hundidas en la tierra como si un elefante se hubiera paseado por ella, ¡solo que miden, por lo menos, metro y medio! Eché un vistazo a una o dos de ellas antes de echar a correr y vi que todas estaban cubiertas de líneas que se esparcían hacia fuera desde un punto, como grandes hojas de palmera, dos o tres veces mayores que ninguna de estas, bien hundidas en el camino. Y el olor era horroroso, como el que hay por la casa del viejo Brujo Whateley...

Aquí el muchacho titubeó y pareció estremecerse de nuevo con el pavor que lo había mandado corriendo a casa. Incapaz de sacarle más información, la señora Corey empezó a telefonar a los vecinos, iniciando así la rueda de pánico que pregonó horrores mayores. Cuando llegó a Sally Sawyer, ama de llaves de la granja de Seth Bishop, la más cercana a la de los Whateley, fue su turno de escuchar en vez de hablar, pues Chauncey, el chico de Sally, que no dormía muy bien, había estado en la colina cerca de la casa de los Whateley y había regresado atropelladamente, aterrorizado tras echar una ojeada al lugar y a los pastos donde las vacas del señor Bishop habían estado toda la noche.

—Sí, señora Corey —la voz temblorosa de Sally sonó al otro lado del cable telefónico—. ¡Chauncey acaba de regresar corriendo y casi no podía hablar del miedo que tenía! Dice que la casa del Viejo Whateley está destrozada, con las vigas esparcidas por doquier como si hubiese sido dinamitada por dentro. Solamente queda el suelo, pero está cubierto por alguna especie de sustancia como brea que huele horrible y gotea por fuera sobre el suelo donde las maderas de los lados están destrozadas. Y también hay una especie de marcas horribles en el patio: marcas redondas mayores que la cabeza de un tonel y pegajosas con la misma sustancia que hay en la casa destruida. Chauncey dice que conduce hacia el pastizal, donde hay una gran franja aplastada más ancha que un granero y todos los muros están abatidos cada cual donde se ha caído por donde aquello ha pasado.

»Y él dice, dice él, señora Corey, que cuando fue a buscar las vacas de Seth, asustado como estaba, las encontró en los pastos de arriba, cerca del Salto del Diablo, y que estaban muy mal. La mitad del rebaño había desaparecido y a la otra mitad parecía que las hubiesen dejado secas de sangre, con marcas como las que tenía el ganado de los Whateley desde que nació el hijo negro de Lavinia. Seth ha ido a verlas ahora, ¡aunque juraría que no se atreverá a acercarse mucho a la casa del Brujo Whateley! Chauncey no se fijó bien hacia dónde llevan las grandes huellas de la hierba después de salir del pastizal, pero dice que cree que apuntan hacia el camino que va de la cañada al pueblo.

»Se lo aseguro, señora Corey, que hay algo ahí afuera que no debería estar suelto y, en mi opinión, el negro de Wilbur Whateley, que tuvo el mal fin que merecía, está detrás de todo esto. Ni siquiera era del todo humano, le digo yo siempre a todo el mundo, y creo que entre él y el Viejo Whateley debieron criar algo en aquella casa entablillada que ni siquiera era lo poco humano que era él. Siempre ha habido cosas ocultas alrededor de Dunwich, cosas vivas, que ni son humanas ni buenas para la gente.

»La tierra rugía anoche y, hacia el amanecer, Chauncey escuchó a los chotacabras chillar tan fuerte en la cañada de Cold Spring que ya no pudo dormir. Luego le pareció que oía otro sonido como distante hacia la casa del Brujo Whateley, una especie de desgarrar y romper de maderas, como si estuvieran abriendo completamente un palé o una caja grande. Entre esto y lo otro, no se volvió a dormir hasta el amanecer y, tan pronto como despuntó el día, fue hasta la casa de los Whateley a ver qué estaba pasando. ¡Y ha visto bastante, señora Corey, se lo puedo asegurar! Esto no señala nada bueno y creo que todos los hombres deberían juntarse y hacer algo. Estoy convencida de que algo horrible está merodeando por aquí, y siento que me ha llegado la hora, aunque solo Dios sabe de qué se trata.

»¿Le dijo su Luther hacia dónde llevaban las grandes huellas? ¿No? Bueno, señora Corey, si estaban de este lado del camino y no han llegado todavía a su casa, me imagino que deben conducir a la misma cañada. Yo siempre digo que el barranco de Cold Spring no es un lugar saludable ni decente. Los chotacabras y las luciérnagas de ese lugar nunca se han comportado como si fueran criaturas de Dios, y hay quien dice que se pueden escuchar cosas corriendo y hablando en el aire allí abajo, si se para uno en el lugar adecuado, entre la cascada rocosa y la Guarida del Oso.

Ese mediodía, tres cuartas partes de los hombres y muchachos de Dunwich hicieron una batida por los caminos y los prados entre las ruinas recientes de la granja Whateley y la cañada de Cold Spring, examinando con horror las grandes y monstruosas huellas, el mermado ganado de Bishop, las extrañas y malolientes ruinas de la casa, y la vegetación arrollada y aplastada de los campos y los bordes del camino. Lo que fuera que hubiese escapado y salido al mundo definitivamente había bajado al gran y siniestro barranco, pues todos los árboles y banales estaban vencidos y rotos, y la maleza que colgaba sobre el precipicio había sido arrancada formando una gran avenida. Era como si una casa empujada por una avalancha se hubiese deslizado a través de la maleza enredada en la pendiente casi vertical. No se escuchaba ningún sonido desde abajo, sino solo un distante e indefinible hedor, y no es extraño que los hombres prefiriesen detenerse en el borde y discutir, antes que bajar y desafiar al desconocido horror ciclópico en su guarida. Tres perros que iban con el grupo había ladrado furiosamente al principio, pero ahora parecían acobardados y reticentes a acercarse a la cañada. Alguien llamó

a la redacción de noticias del *Aylesbury Transcript*, pero el editor, acostumbrado a las historias fantásticas de Dunwich, no hizo más que redactar un breve artículo humorístico sobre ello; un artículo que pronto reproduciría la *Associated Press*.

Aquella noche todo el mundo se quedó en casa y cada hogar y granero se barró tan firmemente como se pudo. Ni que decir tiene que no se dejó al ganado pastar fuera. Sobre las dos de la madrugada, un hedor inmundito y los salvajes ladridos de los perros despertaron a la familia de Elmer Frye, que vivía al borde este de la cañada de Cold Spring, y todos admitieron que pudieron escuchar alguna clase de siseo o chapoteo ahogado que venía de algún lugar del exterior. La señora Frye propuso telefonar a los vecinos y Elmer estaba a punto de acceder cuando un ruido de madera rompiéndose se interpuso en sus deliberaciones. Provenía, al parecer, del granero y lo siguió de inmediato el horrible chillar y cocear del ganado. Los perros babearon y se encogieron junto a los pies de la temerosa familia. Frye prendió una linterna llevado por la fuerza de la costumbre, pero sabía que sería su muerte si salía hacia la negrura del patio de la granja. Los niños y las mujeres gimoteaban, pero contenían sus gritos gracias a algún oscuro y vestigial instinto de conservación que les decía que sus vidas dependían de su silencio. Finalmente, los ruidos del ganado se apagaron hasta convertirse en un gemido lastimero, seguido de fuertes chasquidos, choques y estruendos. Los Frye, apretujados los unos contra los otros en la sala, no se atrevieron a moverse hasta que los últimos ecos se alejaron rumbo al barranco de Cold Spring. Luego, entre los funestos quejidos del establo y el demoníaco chillar de algunos chotacabras rezagados en la cañada, Selina Frye se tambaleó hacia el teléfono y comunicó como pudo las noticias de esta segunda fase del horror.

Al día siguiente, toda la región se encontraba presa del pánico, y grupos de gente intimidada y enmudecida acudieron al lugar donde el maligno suceso había ocurrido. Dos titánicos senderos de destrucción se extendían desde el barranco hasta la granja de los Frye; huellas monstruosas cubrían áreas de tierra desnuda y un lado del granero rojo se había desplomado por completo. Solo pudieron encontrar e identificar una cuarta parte del ganado. Algunas vacas estaban destrozadas en extraños fragmentos, y a las que sobrevivieron hubo que sacrificarlas. Earl Sawyer sugirió pedir auxilio a Aylesbury o a Arkham, pero otros arguyeron que sería inútil. El Viejo Zebulon Whateley, de una rama que oscilaba a medio camino entre la salud y la decadencia, hizo oscuras y alocadas sugerencias acerca de ritos que debieran practicarse en las cimas de las colinas. El anciano provenía de un linaje de profunda tradición y sus recuerdos de cánticos en los grandes círculos de piedra no estaban realmente conectados con Wilbur y su abuelo.

La oscuridad cayó de nuevo sobre la afligida región, demasiado pasiva como para organizar una defensa eficiente. En unos pocos casos, familias muy cercanas se juntaron para

vigilar en la penumbra bajo un mismo techo; pero, en general, solamente hubo una repetición de las barricadas de la noche anterior, y un gesto fútil e ineficaz de cargar mosquetones y dejar puntiagudas horquillas convenientemente a mano. Sin embargo, no ocurrió nada a excepción de algunos ruidos en las colinas y, cuando despuntó el día, hubo muchos que esperaron que el nuevo horror desaparecería tan repentinamente como había llegado. Hubo incluso algunos valientes que propusieron emprender una expedición ofensiva abajo en el barranco, aunque no se aventuraron a predicar con el ejemplo ante la todavía recelosa mayoría.

Cuando cayó de nuevo la noche, se barró todo de nuevo, aunque hubo menos apiñamiento de familias. Por la mañana, tanto los de la casa de Frye como los de Seth Bishop informaron del nerviosismo de los perros y de vagos sonidos y olores procedentes de la lejanía, mientras que los primeros exploradores percibieron con horror un nuevo rastro de monstruosas marcas en el camino que contorneaba Sentinel Hill. Como antes, los lados del camino mostraban unas marcas de destrucción que indicaban el tamaño formidable del blasfemo horror, mientras que la forma de las huellas parecía sugerir un paso en dos direcciones, como si la montaña movediza hubiese venido del barranco de Cold Spring y regresado allí por el mismo camino. Al pie de la colina, una franja de diez metros de arbustos y matorrales aplastados llevaba abruptamente hacia arriba, y los exploradores profirieron un grito ahogado al ver que ni siquiera en los puntos más escarpados el camino desviaba su inexorable trayectoria. Fuese lo que fuera el horror, podía escalar un auténtico acantilado de roca casi absolutamente vertical; cuando los investigadores dieron la vuelta a la colina para llegar a la cima por rutas más seguras vieron que el rastro terminaba, o mejor dicho giraba, allí.

Era aquí donde los Whateley solían encender sus diabólicas fogatas y entonar sus ritos infernales, junto a la mesa

de piedra, durante la vigilia del primero de mayo y Todos los Santos. Ahora, aquella misma piedra formaba el centro de un vasto espacio destrozado por el horror montañoso, mientras que en su superficie ligeramente cóncava se encontraba un resto espeso y hediondo de la misma pegajosidad alquitranada que se pudo observar en el suelo de la destrozada granja de los Whateley cuando el horror escapó. Al parecer, el horror había descendido por una ruta idéntica a la del ascenso. Especular era inútil. La razón, la lógica y las ideas normales acerca de los motivos quedaban confundidas ante aquello. Solo el viejo Zebulon, que no se encontraba en aquel grupo, podría haber hecho justicia a la situación o sugerido una explicación plausible.

La noche del jueves empezó como las otras, pero terminó con mucha menor fortuna. Los chotacabras de la cañada habían chillado con una persistencia tan inusual que muchos ni siquiera pudieron dormir y, sobre las tres de la madrugada, todos los teléfonos sonaron estremecedoramente. Quienes descolgaron el auricular escucharon una voz enloquecida de terror gritar «¡Ayuda, oh, Dios mío...!» y algunos creyeron oír un estruendo siguiendo el término de la exclamación. No hubo nada más. Nadie se atrevió a hacer nada, y nadie supo hasta la mañana de dónde provenía la llamada. Luego, aquellos que la habían escuchado llamaron a las demás líneas y descubrieron que los Frye eran los únicos que no respondían. La verdad se supo una hora más tarde, cuando un grupo de hombres armados reunidos a toda prisa marchó hacia la granja de los Frye, al principio de la cañada. Fue horrible, aunque no sorprendente. Había más franjas y pisadas monstruosas, pero ya no había ninguna casa. Se había derrumbado hacia adentro como una cáscara de huevo y no se pudo encontrar nada entre las ruinas, ni vivo ni muerto. Solamente una sustancia hedionda y pegajosa. La familia de Elmer Frye había sido borrada de la faz de Dunwich.

CAPÍTULO VIII.

Mientras tanto, una fase más serena del horror, aunque aún más poderosa en el plano espiritual, se había estado desatando oscuramente tras la puerta cerrada de una habitación llena de estantes en Arkham. El curioso diario manuscrito de Wilbur Whateley, entregado a la Universidad Miskatonic para su traducción, había causado mucha preocupación y desconcierto entre los expertos en idiomas, tanto antiguos como modernos; su alfabeto, a pesar de una semejanza general con el denso arábigo empleado en Mesopotamia, resultaba absolutamente desconocido para todas las autoridades en la materia. La conclusión final de los lingüistas fue que el texto representaba un alfabeto artificial, que daba la impresión de un código cifrado; aunque ninguno de los métodos de resolución criptográficos habituales parecía proporcionar ninguna pista, incluso cuando se aplicaban sobre la base de cualquier idioma que era concebible que el

escritor hubiese utilizado. A pesar de que resultaron absorbentes e interesantes y, en muchos casos, prometedores para la apertura de nuevas y terribles líneas de investigación entre los filósofos y los hombres de ciencia, los libros antiguos que se llevaron de los aposentos de Whateley no resultaron ser de ninguna ayuda en este caso. Uno de ellos, un pesado tomo con cierres metálicos, estaba escrito en otro alfabeto desconocido, que daba la impresión de ser un sánscrito mucho más antiguo que todos los conocidos. Finalmente, dejaron el viejo diario totalmente en manos del doctor Armitage, tanto por su peculiar interés en el caso Whateley, como por su amplia erudición lingüística y sus habilidades en las formulaciones místicas de la Antigüedad y la Edad Media.

Armitage suponía que el alfabeto podría ser algún sistema esotérico empleado por ciertas sectas prohibidas que

provenían de la antigüedad y que habían heredado muchas formas y tradiciones de los magos del mundo sarraceno. Aquella cuestión, no obstante, no le parecía vital, ya que resultaría innecesario conocer el origen de los símbolos si, como sospechaba, eran utilizados como código de un idioma moderno. El doctor creía que, considerando la gran cantidad de texto, el escritor apenas se hubiese molestado en hacer frente al problema adicional de utilizar otro idioma que el suyo, salvo quizás en fórmulas o encantamientos especiales. En consecuencia, encaró el manuscrito con la presunción de que la mayor parte estaba en inglés.

El doctor Armitage sabía, por los repetidos fracasos de sus colegas, que el acertijo era profundo y complejo, y que no había un método de solución simple que mereciera la pena probar. A lo largo de los últimos días de agosto, se armó con una recopilación de todos los tratados de criptografía que pudo encontrar, echando mano de todos los recursos de su propia biblioteca y pasando noche tras noche entre la sabiduría arcana de la *Poligraphia* de Trithemius, del *De Furtivis Literarum Notis* de Giambattista Porta, del *Traité des Chiffres* de De Vignère, del *Cryptomenysis Patefacta* de Falconer, de los tratados del siglo XVIII de Davy y Thicknesse, y de otras autoridades más contemporáneas tan sólidas como Blair, von Merten y los propios escritos del mismo Klüber. Y, con el tiempo, llegó a convencerse de que se enfrentaba a uno de aquellos criptogramas sutiles y muy ingeniosos, donde muchas listas de letras que se corresponden entre sí se alinean como una tabla de multiplicar y donde el mensaje está construido con palabras clave arbitrarias que solamente el iniciado conoce. Los eruditos más antiguos parecían resultar bastante más útiles que los modernos y Armitage concluyó que el código del manuscrito debía ser muy antiguo, sin duda transmitido de generación en generación a lo largo de una extensa línea de experimentadores místicos. Varias veces pareció acercarse a la luz, solamente para tener que retroceder ante algún obstáculo imprevisto. Al acercarse septiembre, las nubes empezaron a despejarse. Algunas letras, tal y como se utilizaban en algunas partes del manuscrito, surgían de manera definida e inconfundible; y se iba haciendo obvio que el texto estaba, en efecto, en inglés.

En la tarde del dos de septiembre cayó la última gran barrera y el doctor Armitage leyó por primera vez un pasaje entero de los anales de Wilbur Whateley. Se trataba en realidad de un diario, tal y como todos habían pensado, y estaba redactado en un estilo que mostraba claramente la mezcla de la erudición ocultista y la incultura general del extraño ser que lo había escrito. El primer pasaje largo que Armitage descifró, una entrada fechada el 26 de noviembre de 1916, resultó ser de lo más asombroso e inquietante. Estaba escrita, recordó, por un niño de tres años y medio que parecía tener doce o trece.

«Hoy aprender el Aklo para el Sabaoth —decía— que no gustó, por ser contestado desde la colina y no desde el aire.

Lo del piso de arriba va más adelante que yo de lo que había pensado que iría y no parece que tenga mucho cerebro terrestre. Le pegué un tiro a Jack, el collie de Elam Hutchin, cuando me fue a morder, y Elam dice que me mataba si me mordía. Yo creo que no. El abuelo me tuvo diciendo la fórmula Dho anoche, y yo creo que vi la ciudad interior entre los dos polos magnéticos. Tendré que ir a esos polos cuando la Tierra esté despejada, si no puedo comprender la fórmula Dho-Hna cuando la memorice. Los del aire me dijeron en el Sabbat que pasarán años antes de que pueda despejar la Tierra, y supongo que el abuelo estará muerto entonces, así que tendré que aprender todos los ángulos de los planos y todas las fórmulas entre el Yr y el Nhhgr. Los de fuera ayudarán, pero no pueden encarnarse sin sangre humana. Lo de arriba parece que tendrá el molde apropiado. Puedo verlo un poco cuando hago el signo de Voorish o le sopló el polvo de Ibn Ghazi, y está cerca como ellos en la víspera del primero de mayo sobre la Colina. La otra cara puede gastarse un poco. Me pregunto cómo me verá cuando la Tierra esté despejada y no haya seres terrestres en ella. El que vino con el Aklo Sabaoth dijo que podría transfigurarme porque hay mucho de afuera para trabajar.»

La mañana encontró al doctor Armitage cubierto de un sudor frío de terror y en un frenesí de despierta concentración. No había dejado el manuscrito en toda la noche, sino que había permanecido sentado ante el escritorio, bajo la luz eléctrica, pasando página tras página con manos temblorosas tan rápido como era capaz de descifrar el texto críptico. Había telefoneado nerviosamente a su mujer para avisarle que no iría a casa y cuando ella le trajo el desayuno apenas probó bocado. Se pasó aquel día entero leyendo, deteniéndose desesperadamente cada vez que era necesario volver a aplicar la compleja clave. Le llevaron también la comida y la cena, pero comió una porción mínima de cada una. Hacia la mitad de la noche siguiente se adormiló en la silla, pero pronto despertó, saliendo de una maraña de pesadillas casi tan aborrecibles como las verdades y las amenazas a la existencia humana que había descubierto.

En la mañana del 4 de septiembre el profesor Rice y el doctor Morgan insistieron en verle durante un rato y se marcharon temblando y con el rostro ceniciento. Esa noche se acostó, pero solamente consiguió dar cabezadas. Al día siguiente, un miércoles, regresó al manuscrito y empezó a tomar abundantes notas, tanto de los pasajes que estaba leyendo como de los que ya había descifrado con anterioridad. Durante la madrugada, durmió un poco en el sillón de su oficina, pero estaba trabajando de nuevo en el manuscrito antes del alba. Poco antes del mediodía, su médico, el doctor Hartwell, lo visitó e insistió en que dejara de trabajar. Armitage se negó sugiriendo que era de la mayor importancia para él completar la lectura del diario y prometiéndole una explicación a su debido tiempo. Esa tarde, justo al caer el crepúsculo, finalizó el terrible escrutinio y se echó hacia atrás, exhausto. Al traerle la cena, su mujer lo encontró en un estado semicomatoso; pero estaba lo suficientemente consciente

como para advertirle de que se apartara con un grito áspero cuando vio que recorría con la mirada las notas que él había tomado. Levantándose con debilidad, recogió los papeles garabateados y los guardó en un gran sobre sellado, que inmediatamente colocó en el bolsillo interior de su abrigo. Tuvo la fuerza suficiente como para llegar a su casa, pero necesitaba de forma tan evidente asistencia médica que llamaron de inmediato al doctor Hartwell. Mientras el médico lo ayudaba a acostarse, Armitage solo podía murmurar una y otra vez: «Pero, en nombre de Dios, ¿qué podemos hacer?»

El doctor Armitage durmió, aunque deliró durante algunos momentos al día siguiente. No dio explicaciones a Hartwell, pero en sus instantes de calma le comentó la necesidad de tener una prolongada reunión con Rice y Morgan. Sus devaneos más demenciales eran ciertamente alarmantes, incluyendo sus frenéticos ruegos de que se destruyese algo que se encontraba en una granja tapiada con tablas de madera, y sus fantásticas referencias a un plan para exterminar a toda forma de vida humana, animal y vegetal de la Tierra por parte de una terrible raza de seres más antigua, procedente de otra dimensión. Gritaba que el mundo estaba en peligro, que los Seres Antiguos deseaban arrasarlo y alejarlo del sistema solar y del cosmos material hacia otro plano o fase de la entidad de la que había salido en otro tiempo, hacía incontables millones de eones. En otras ocasiones pedía que le trajeran el aborrecible *Necronomicón* y la *Daemonolatrea* de Remigius, en los que esperaba encontrar alguna fórmula para eliminar el peligro que se había conjurado.

—¡Deténganlos, deténganlos! —gritaba—. ¡Los Whateley quieren dejarlos entrar y todavía les queda lo peor! Digan a Rice y a Morgan que debemos hacer algo. Habrá que ir a ciegas, pero yo sé cómo fabricar los polvos... No se alimenta desde el dos de agosto, cuando Wilbur encontró aquí la muerte y, a este paso...

Sin embargo, y a pesar de sus setenta y tres años, Armitage tenía un físico fuerte y pudo librarse del trastorno aquella noche mientras dormía sin llegar a tener verdadera fiebre. Despertó el viernes por la tarde, con la cabeza despejada, aunque templado por un temor que lo carcomía y por un tremendo sentido de la responsabilidad. El sábado por la tarde se sintió capaz de ir hasta la biblioteca y convocar a Rice y a Morgan a reunirse con él y, durante el resto de la tarde y de la noche, los tres hombres torturaron sus cerebros con las especulaciones más fantásticas y las discusiones más desesperadas.

Recurrieron a numerosos libros extraños y terribles, sacados de las estanterías y de los lugares donde algunos de ellos se guardaban a buen recaudo; copiaron diagramas y fórmulas con una prisa febril y en una abundancia desconcertante. No había el menor rastro de escepticismo. Los tres habían visto el cuerpo de Wilbur Whateley tendido en el suelo en una estancia de aquel mismo edificio y, después de aquello, ninguno de ellos podía sentirse ni remotamente inclinado a tratar el diario como el delirio de un loco.

Las opiniones estaban divididas sobre informar o no a la Policía Estatal de Massachusetts, a lo que por último se impuso la negativa. Algunas de las cosas involucradas en el asunto simplemente no podían ser creídas por quienes no habían visto las pruebas, como de hecho se hizo patente durante algunas de las investigaciones posteriores. El grupo se separó tarde por la noche sin haber trazado un plan definido, pero, durante todo el domingo, el doctor Armitage estuvo ocupado comparando fórmulas y mezclando componentes químicos que obtuvo del laboratorio de la universidad. Cuanto más reflexionaba acerca del diario infernal, más inclinado se sentía a dudar de la eficacia de ningún agente material a la hora de acabar con el ente que Wilbur Whateley había dejado tras él; el ente que amenazaba la Tierra y que, sin que Armitage lo supiera, emergería al cabo de unas pocas horas para convertirse en el memorable horror de Dunwich.

El lunes fue una repetición del domingo para el doctor Armitage, pues la tarea que llevaba a cabo requería de una infinidad de investigaciones y experimentos. Consultas posteriores al monstruoso diario provocaron varios cambios de planes y él sabía que, incluso en el último momento, permanecería aún un alto porcentaje de incertidumbre. Para el martes ya había trazado una línea de acción definida y creía que podía intentar viajar a Dunwich en una semana. Entonces, aquel miércoles, llegó la gran conmoción. Perdido en un rincón oscuro del *Arkham Advertiser* había un pequeño artículo gracioso de la Associated Press que contaba que el whisky de contrabando de Dunwich había provocado el alzamiento de un monstruo capaz de batir todos los récords. Medio apabullado, Armitage atinó solamente a telefonear a Rice y a Morgan. Discutieron hasta bien entrada la noche y, al día siguiente, se lanzaron apresurados a hacer los preparativos pertinentes para el viaje. Armitage sabía que iba a interferir con poderes terribles, pero comprendía que no había otra manera de anular la intromisión todavía más profunda y maligna que otros habían llevado a cabo antes que él.

CAPÍTULO IX.

El viernes por la mañana, Armitage, Rice y Morgan partieron en automóvil hacia Dunwich, llegando a la aldea cerca de la una de la tarde. El día era agradable pero, incluso bajo la más brillante luz del sol, una especie de calmado temor y augurio parecía cernerse sobre las colinas

extrañamente redondeadas y los barrancos profundos y sombríos de la afligida región. De vez en cuando podía verse, recortado contra el cielo, un lúgubre círculo de piedras sobre la cima de alguna montaña. Por el aire de mudo pavor en el almacén de Osborn, los hombres supieron que algo espantoso

había ocurrido y pronto se enteraron de la aniquilación de la casa y la familia de Elmer Frye. A lo largo de aquella tarde recorrieron los alrededores de Dunwich, interrogando a los oriundos del lugar acerca de todo cuanto había ocurrido y observando en persona, con crecientes punzadas de horror, las desgraciadas ruinas de los Frye con sus persistentes restos de viscosidad pegajosa, las impías huellas en el patio de la granja de los Frye, el ganado maltrecho de Seth Bishop y las enormes avenidas de vegetación aplastada en varios lugares. El sendero que subía y bajaba de Sentinel Hill le pareció a Armitage de cataclísmico significado y se quedó mirando durante largo rato el siniestro altar de piedra de la cumbre.

Finalmente los visitantes, advertidos de que una partida de policías estatales había llegado esa mañana desde Aylesbury en respuesta a los primeros informes telefónicos sobre la tragedia de los Frye, decidieron encontrarse con los agentes y cotejar notas hasta donde pudieran. Descubrieron, sin embargo, que era más fácil planear aquello que llevarlo a cabo, ya que no pudieron encontrar rastros de la partida por ningún lugar. Habían llegado cinco en un automóvil, pero este estaba abandonado cerca de las ruinas del patio de la granja de los Frye. Los lugareños, que habían hablado con los policías, parecieron al principio tan perplejos como Armitage y sus compañeros. Luego, el viejo Sam Hutchins cayó en algo y empalideció, le dio un leve codazo a Fred Farr y señaló la húmeda y profunda hondonada que se abría cerca de donde se encontraban.

—Dios mío —jadeó—. Les dije que no bajaran al barranco y nunca pensé que nadie lo haría con esas huellas, ese olor y los chotacabras chillando allá abajo en la oscuridad en pleno mediodía...

Un escalofrío sacudió tanto a los oriundos del lugar como a los visitantes y cada oído pareció aguzado en una especie de escucha instintiva e inconsciente. Ahora que había dado con el horror y su monstruosa obra, Armitage temblaba con la responsabilidad que recaía sobre él. Pronto caería la noche y era entonces cuando la montañosa blasfemia emprendía su espeluznante curso. *Negotium perambulans in tenebris...* El viejo bibliotecario ensayó la fórmula que había memorizado, mientras estrujaba el papel que contenía la fórmula alternativa que no había memorizado. Comprobó que su linterna funcionaba. A su lado, Rice sacó de una valija un pulverizador metálico de los que se usan para fumigar insectos, mientras que Morgan desembalaba el rifle de caza mayor en el que confiaba a pesar de las advertencias de sus colegas sobre la incapacidad de cualquier arma material para ayudarles.

Tras haber leído el aborrecible diario, Armitage conocía dolorosamente bien qué tipo de manifestación cabía esperar; pero no quería aumentar el temor de la gente de Dunwich dando ningún indicio o clave. Esperaba poder vencerlo sin revelar al mundo qué espantoso monstruo se había desatado. Al hacerse más densas las sombras, los lugareños empezaron a dispersarse hacia sus hogares, ansiosos de encerrarse

dentro a pesar de la evidencia de todos cerrojos y cerraduras de los hombres resultaban inútiles ante una fuerza que podía doblegar árboles y romper casas a voluntad. Agitaron la cabeza ante el plan del visitante de montar guardia frente a las ruinas de la granja de los Frye, cerca del barranco, y cuando partieron tenían pocas expectativas de volver a ver a aquellos vigilantes.

Hubo estruendos bajo las colinas, esa noche, y los chotacabras chillaron amenazadoramente. De vez en cuando, el viento que trepaba desde el fondo de la cañada de Cold Spring aportaba un matiz de hedor inefable al aire pesado de la noche; una pestilencia que los tres vigilantes habían olido en otra ocasión, cuando estuvieron ante una cosa agonizante que durante quince años y medio había pasado por un ser humano. Pero el horror que buscaban no apareció. Lo que fuera que estuviese en el barranco se estaba tomando su tiempo y Armitage dijo a sus colegas que sería un suicidio intentar atacarlo en la oscuridad.

La mañana llegó pálida y los sonidos de la noche cesaron. Era un día gris, lúgubre, con ráfagas de lluvia esporádicas, y nubes cada vez más densas parecían apilarse hacia el noroeste, más allá de las colinas. Los hombres de Arkham no sabían qué hacer. Al buscar refugio de la lluvia que arreciaba bajo uno de los pocos cobertizos de Frye que aún se mantenía intacto, discutieron sobre la conveniencia de esperar o de pasar a la ofensiva y bajar al barranco en busca de su innombrable y monstruosa presa. El aguacero cobró fuerza y truenos distantes resonaron hacia el horizonte. Los relámpagos temblaron en el cielo y, después, un rayo bifurcado restalló muy cerca, como si fuera a descender hacia el propio barranco maldito. El cielo oscureció notablemente y los tres vigilantes esperaron que la tormenta fuera breve y violenta, y que el cielo se despejara pronto.

Aún estaba horriblemente oscuro cuando, no más de una hora después, una confusión babélica de voces se dejó oír bajando por el camino. Al momento vieron aparecer un temeroso grupo de más de una docena de hombres, que corrían, gritaban y gimoteaban histéricamente. Uno de los que iba a la cabeza comenzó a sollozar entre palabras y los hombres de Arkham se sobresaltaron con violencia cuando su discurso cobró coherencia.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamaba atropelladamente—. ¡Está suelto de nuevo y esta vez de día! ¡Está aquí afuera... está aquí afuera y se mueve en este mismo instante, y solo el Señor sabe cuándo caerá sobre nosotros!

El que hablaba jadeó hasta callarse, pero otro retomó el mensaje.

—No hace una hora Zeb Whateley, aquí presente, oyó sonar el teléfono y era la señora Corey, la mujer de George, que vive abajo, en el cruce. Dijo que Luther, el chico que les hace de peón, estaba fuera alejando el ganado de la tormenta

después del gran rayo, cuando vio a todos los árboles doblarse en la boca del barranco, en el lado opuesto a donde estaba, y olió el mismo olor atroz que percibió cuando descubrió las grandes huellas, el otro lunes por la mañana. Y ella dijo que el chico dice que había un sonido de deslizar y succionar, en nada parecido al que pueden hacer los árboles y los matorrales derribados, y que de repente los árboles al costado del camino empezaron a inclinarse hacia un lado y hubo un tremendo pateo y chapoteo en el barro. Pero mire que Luther no vio absolutamente nada, sino solamente los árboles y la maleza doblegarse.

»Luego, más adelante, donde el arroyo de Bishop pasa bajo el camino, oyó un espantoso crujir y chasquear en el puente, y dice que pudo distinguir el sonido de madera que empezaba a partirse y astillarse. Y durante todo este tiempo siguió sin ver nada, solo los árboles y arbustos doblándose. Y cuando el sonido deslizante se alejó mucho por el camino, hacia la granja del Brujo Whateley y Sentinel Hill, Luther tuvo el valor de acercarse hasta el sitio donde había escuchado los ruidos y mirar el suelo. Era todo barro y agua y el cielo estaba oscuro y la lluvia estaba borrando todas las huellas tan rápido como podía; pero en la boca del barranco, donde los árboles se habían movido, aún se veían algunas de las horribles huellas, grandes como barriles, como las que había visto el lunes.

En ese momento lo interrumpió excitadamente el hombre que había hablado primero.

—Pero *eso* no es el problema ahora: es solo el comienzo. Aquí Zeb estaba llamando a la gente y todos estaban escuchando cuando una llamada de la casa de Seth Bishop lo interrumpió. Su ama de llaves, Sally, hablaba desesperadamente. Acababa de ver los árboles doblegándose junto al camino, y afirmaba que había un sonido acolchado, como el de un elefante resoplando y caminando y avanzando hacia la casa. Luego se detuvo y habló de un olor tremendo, y dice que su chico, Chauncey, estaba gritando que era igual al que había olido en las ruinas de los Whateley el lunes por la mañana. Y los perros ladraban y gemían horriblemente.

»Luego soltó un grito terrible y dice que el cobertizo del final del camino acababa de derrumbarse hacia adentro como si lo hubiera destrozado la tormenta, solo que el viento no tenía la fuerza suficiente para hacerlo. Todo el mundo escuchaba y pudimos oír el jadeo de muchas personas a través del auricular. De repente, Sally volvió a gritar y dice que la cerca que había ante el patio acababa de derrumbarse, aunque no veían ninguna señal de lo que lo había provocado. Después todos pudimos oír por el teléfono a Chauncey y al viejo Seth Bishop aullando, y Sally estaba chillando que algo pesado había embestido la casa: no un rayo ni nada por el estilo, sino algo muy pesado que había golpeado la fachada y que seguía lanzándose una y otra vez contra la casa, aunque no se podía ver nada por las ventanas. Y entonces... y entonces...

El terror se acentuó en todos los rostros y Armitage, alterado como estaba, apenas tuvo la suficiente presencia de ánimo como para instar al hombre a proseguir.

—Y entonces... Sally, ella, aulló: «Socorro, la casa se está derrumbando» ... y por la línea pudimos oír un terrible estruendo y un espantoso coro de gritos... justo como cuando la casa de Elmer Frye fue destruida, solo que peor...

El hombre hizo una pausa y otro del grupo siguió por él.

—Eso fue todo. No hubo ni un sonido, ni un chillido en el teléfono después de eso. Solo silencio. Los que habíamos estado escuchando salimos en los automóviles y las carretas y reunimos en la granja de Corey a todos los hombres físicamente capaces que pudimos encontrar, y hemos venido aquí a ver qué piensan ustedes que es mejor que hagamos. Lo que yo creo es que el Señor nos juzga por nuestras iniquidades y que ningún mortal se salvará.

Armitage vio que había llegado el momento de pasar a la acción y habló con decisión al tembloroso grupo de campesinos aterrados.

—Debemos seguirlo, muchachos —dijo, tratando de que su voz sonara tan reconfortante como fuera posible—. Creo que existe una posibilidad de acabar con esto. Todos ustedes saben que los Whateley eran brujos; pues bien, esta cosa es un producto de la brujería y debe ser eliminada con los mismos medios. He leído el diario de Wilbur Whateley y algunos de los libros antiguos que él acostumbraba leer; y creo saber qué clase de conjuro hay que recitar para hacer desaparecer esta cosa. Desde luego, no puedo estar seguro, pero creo que debemos arriesgarnos. Es invisible, como yo suponía, pero en este pulverizador de gran alcance hay un polvo que puede hacerlo aparecer por un segundo. Lo pondremos a prueba más tarde. Es un ser demasiado terrible para vivir, pero no es tan malo como Wilbur le hubiese permitido ser, si aún estuviera vivo. Ustedes no sabrán nunca de lo que se ha librado el mundo. Ahora, solo debemos luchar contra esa cosa y no puede multiplicarse. No obstante, sí puede hacer mucho daño, así que no podemos dudar a la hora de librar a la comunidad de él.

»Debemos seguirlo y el modo de empezar es dirigirnos al sitio que acaba de destrozar. Que alguien nos guíe: no conozco muy bien sus caminos, pero supongo que hay un atajo que podemos tomar. ¿Estamos de acuerdo?

Los hombres vacilaron por un momento y luego Earl Sawyer habló con suavidad, señalando con un dedo mugriento a través de la lluvia que iba cesando paulatinamente.

—Supongo que pueden llegar a casa de Seth Bishop con mayor rapidez cortando por el prado de abajo, pasando el arroyo por el vado y subiendo por las cosechas de Carrier y la arboleda que está un poco más allá. Así saldrán a la parte

de arriba del camino, que está cerca de casa de Seth, hacia al otro lado.

Armitage empezó a caminar con Rice y Morgan en la dirección indicada, y la mayoría de los lugareños los siguieron lentamente. El cielo se estaba despejando y había señales de que la tormenta se alejaba. Cuando Armitage tomó sin darse cuenta una dirección equivocada, Joe Osborn se lo advirtió y se adelantó para guiarlos. El coraje y la confianza crecían, aunque la luz crepuscular de la colina boscosa casi perpendicular, que se encontraba hacia el final del atajo y entre cuyos antiguos y fantásticos árboles tuvieron que trepar casi como por una escala, puso a prueba aquellas cualidades.

Al cabo fueron a dar a un camino embarrado, para encontrarse con que el sol estaba saliendo. Se encontraban un corto trecho por detrás de la granja de Seth Bishop, pero los árboles torcidos y las huellas espantosamente inconfundibles mostraban qué había pasado por allí. Se detuvieron apenas unos segundos en revisar las ruinas más allá de la curva. Era una réplica exacta del incidente en casa de los Frye, y tampoco allí encontraron nada vivo o muerto en ninguna de las cáscaras desmoronadas en las que se habían convertido la casa y el granero de los Bishop. Nadie quería quedarse en medio del hedor y la viscosidad pegajosa, aunque todos se volvieron instintivamente hacia la línea de horribles huellas que iban hacia la derruida granja de los Whateley y las laderas coronadas por el altar de Sentinel Hill.

Al pasar junto a la morada de Wilbur Whateley, los hombres se estremecieron de manera evidente y, una vez más,

pareció que la vacilación se mezclara con su coraje. Perseguir algo tan grande como una casa, que no podían ver pero que tenía toda la malevolencia impía de un demonio no era cuestión de broma. Al lado opuesto de la falda de Sentinel Hill, las huellas abandonaban el camino y había más vegetación torcida y aplastada, visible a lo largo de la ancha franja que marcaba la ruta por la que el monstruo había subido y bajado antes de la cumbre.

Armitage extrajo de su bolsillo un pequeño catalejo de considerable alcance y escudriñó la empinada ladera verde de la colina. Luego le tendió el instrumento a Morgan, que tenía mejor vista. Tras un momento de observación, Morgan lanzó un grito agudo y le pasó el catalejo a Earl Sawyer, señalando cierto punto de la pendiente con el dedo. Sawyer, tan torpe como cualquiera que no esté acostumbrado a utilizar instrumentos ópticos, lo tanteó un rato sin resultado, pero al fin enfocó las lentes con ayuda de Armitage. Cuando lo logró, su grito fue menos contenido que el de Morgan.

—¡Por Dios todopoderoso! ¡La hierba y los arbustos se mueven! ¡Está subiendo, lentamente, arrastrándose hacia la cima en este preciso momento, solo el cielo sabe para qué! El germen del pánico pareció cundir entre la partida de búsqueda. Una cosa era perseguir a aquel ente innombrable y otra muy distinta encontrarlo. Los conjuros podían ser eficaces, pero ¿y si no lo eran? Algunas voces empezaron a interrogar a Armitage sobre lo que sabía de aquel ser y ninguna respuesta pareció satisfacerlas. Todo el mundo parecía sentirse muy cerca de estados de la Naturaleza y del ser completamente prohibidos y del todo ajenos a una experiencia humana cuerda.

CAPÍTULO X.

Al final, los tres hombres de Arkham —el anciano de barba blanca que era el doctor Armitage, el robusto y canoso profesor Rice y el delgado y algo más joven doctor Morgan— subieron solos a la montaña. Tras muchas y pacientes instrucciones sobre el enfoque y el funcionamiento del catalejo, se lo dejaron al asustado grupo que se quedó en el camino, y mientras trepaban eran observados con cuidado por quienes se iban pasando el aparato. Subir resultó una tarea difícil y Armitage necesitó ayuda en más de una ocasión. Muy por encima del esforzado grupo, el terreno aplastado temblaba mientras el ser infernal responsable de ello pasaba una y otra vez sobre él, con paciencia de caracol. Después se hizo evidente que los perseguidores ganaban terreno.

Curtis Whateley, de la rama no decadente de la familia, sostenía el catalejo cuando el grupo de Arkham se desvió radicalmente de la franja. Curtis dijo a los demás que, sin duda, los hombres estaban tratando de llegar a un pico secundario que dominaba la franja en un punto que se encontrara bastante más adelante del sitio donde ahora se aplastaban los matorrales. Fue una deducción realmente acertada: pudieron

ver cómo el trío llegaba a la elevación menor solo un poco después de que la abominación invisible hubiera pasado.

Entonces Wesley Corey, que había tomado el catalejo, exclamó que Armitage estaba preparando el pulverizador que llevaba Rice y que algo debía estar a punto de suceder. El grupo se movió inquieto al recordar que el pulverizador debía darle al horror invisible un momento de visibilidad. Dos o tres hombres cerraron los ojos, pero Curtis Whateley arrebató de nuevo el catalejo y forzó la vista al máximo. Vio que Rice, desde el punto aventajado en que se encontraba el grupo por encima y detrás del ser, tenía una excelente oportunidad de dispersar aquel potente polvo de efectos prodigiosos.

Quienes no tenían el catalejo vieron durante solo un instante una nube gris, una nube con el tamaño aproximado de un edificio medianamente grande, cerca de la cima de la montaña. Curtis, que tenía el instrumento, lo dejó caer en el barro profundo del camino con un chillido penetrante. Se tambaleó y se habría desmoronado sobre el suelo si otros dos o tres

compañeros no lo hubieran agarrado a tiempo. Todo cuanto pudo hacer fue gemotear un casi inaudible:

—¡Oh, oh, por Dios Todopoderoso... *eso... eso...*!

Hubo un pandemónium de preguntas, y solo Henry Wheeler pensó en rescatar el catalejo caído y limpiarle el barro. Curtis se encontraba más allá de cualquier posibilidad de coherencia y ni siquiera lograba dar respuestas aisladas.

—Más grande que un granero... todo de cuerdas retorciéndose... con la forma como de un huevo de gallina más grande que cualquier cosa, con docenas de patas como toneles que se cierran al caminar... no tiene nada sólido: todo es como gelatina, y hecho de cuerdas separadas que se retuercen muy apretadas... grandes ojos saltones por todas partes... diez o veinte bocas o trompas sobresaliendo a lo largo de los costados, grandes como tubos de chimenea, moviéndose y abriéndose y cerrándose... todo gris, con algo así como anillos azules o púrpuras... ¡y por Dios... *ese medio rostro en lo más alto...*!

Este recuerdo final, cualquiera que fuese, resultó demasiado para el pobre Curtis, que se desmayó por completo antes de poder decir nada más. Fred Farr y Will Hutchins lo llevaron a un lado del camino y lo tendieron sobre la hierba húmeda. Henry Wheeler, temblando, enfocó el catalejo que había rescatado hacia la montaña para ver qué podía atisbar. A través de la lente era posible discernir tres pequeñas siluetas que, al parecer, corrían hacia la cima tan rápido como se lo permitía la abrupta pendiente. Solo eso, nada más. Después, todos percibieron un ruido extraño e intempestivo en lo profundo del valle de atrás, e incluso en la maleza de Sentinel Hill. Era el chillido de incontables chotacabras, y en su coro agudo parecía esconderse una nota de tensa y maligna expectación.

Earl Sawyer tomó entonces el catalejo e informó que las tres siluetas estaban en lo más alto de la colina, prácticamente al mismo nivel que el altar de piedra, aunque a una distancia considerable de aquel. Dijo que una figura parecía estar alzando las manos por encima de la cabeza a intervalos rítmicos, y mientras Sawyer estaba mencionando aquella circunstancia, el grupo pareció oír un sonido tenue, casi musical, que procedía de lejos, como si un cántico en voz alta acompañase los gestos. La silueta extraña en aquella cima remota debía de ser un espectáculo infinitamente grotesco e impresionante, pero ningún observador contaba con el ánimo apropiado para la contemplación estética.

—Supongo que está pronunciando el conjuro —susurró Wheeler mientras le arrebatava el catalejo. Los chotacabras chillaban enloquecidamente y con un ritmo irregularmente singular muy distinto al del ritual visible.

De pronto, la luz del sol pareció disminuir sin la intervención visible de ninguna nube. Era un fenómeno muy peculiar y todos lo notaron con claridad. Un estruendo considerable

pareció fraguarse bajo las colinas, mezclándose de forma extraña con un fragor concordante que provenía claramente del cielo. Un relámpago centelleó en lo alto y el grupo de hombres perplejos buscó en vano indicios de tormenta. El cántico de los hombres de Arkham se volvió ahora inconfundible y Wheeler vio por el catalejo que estaban alzando los brazos al ritmo del conjuro. Desde alguna granja remota llegaba el frenético ladrido de los perros.

El cambio en la calidad de la luz diurna se hizo más patente y el grupo miró perplejo al horizonte. Una oscuridad purpúrea, nacida nada menos que del ahondamiento espectral del azul del cielo, sofocaba las rugientes colinas. Entonces el relámpago volvió a restallar, un poco más brillante que antes, y el grupo creyó ver que había dibujado cierta neblina alrededor del altar de piedra en la lejanía. Sin embargo, nadie había estado usando el catalejo en ese instante. Los chotacabras continuaban emitiendo su latido irregular y los hombres de Dunwich se prepararon tensamente contra cierta amenaza imponderable que parecía saturar la atmósfera.

Sin ninguna advertencia llegaron aquellos sonidos vocales profundos, cascados, roncós, que nunca abandonarían la memoria de aquel afligido grupo de hombres que los oyeron. No habían nacido de ninguna garganta humana, pues los órganos del hombre no pueden producir semejantes perversiones acústicas. Más bien habría podido decirse que provenían del propio infierno, de no ser porque su origen era, inconfundiblemente, el altar de piedra de la cima. Es casi un error llamarlos *sonidos*, dado que gran parte de su horrendo timbre de contrabajo hablaba a difusos estados de conciencia y terror mucho más sutiles que los que capta el oído; sin embargo, había que hacerlo, porque la forma que adoptaban era, indudable aunque vagamente, la de palabras semiarticuladas. Eran intensos, tan intensos como los rugidos y los truenos sobre los que resonaba, aunque no provenían de ningún ser visible. Y dado que la imaginación puede sugerir cualquier fuente conjetural en el mundo de los seres invisibles, el grupo apiñado en la base de la montaña se apretó aún más y se encogió como quien espera un golpe.

—*Ygnaiih... ygnaiih... thflthkh'ng'ha... Yog-Shothoth...*
—resonaba el horrendo graznido del espacio exterior—.
Y'bthnk... h'ehye n'grkdl'lh...

El impulso de hablar pareció flaquear en aquel momento, como si se estuviera librando alguna pavorosa lucha espiritual. Wheeler forzó la mirada a través del catalejo, pero solamente vio a las tres grotescas siluetas humanas sobre la cima, todas moviendo los brazos furiosamente en gestos extraños mientras el conjuro se acercaba a su culminación. ¿De qué negros avernos aquerónicos de miedo o sentimiento, de qué abismos nunca sondeados de conciencia extra-cósmica o herencia oscura y latente en el tiempo, procedían aquellos graznidos atronadores y semiarticulados? Pronto empezaron

a adquirir renovada fuerza y coherencia mientras aumentaba su cruel, completo y definitivo frenesí.

—*Eh-y-ya-yahaah... e'yayayaaaa... ngh'aaa... ngh'aa... h'yuh...* ¡AYUDA! ¡AYUDA!... ¡Pp-pp-pp... PADRE! ¡PADRE! ¡YOG-SOTHOTH!

Pero eso fue todo. El grupo pálido del camino, aún tambaleante ante las sílabas *indiscutiblemente inglesas* que habían brotado densa y atronadoramente del frenético vacío junto al estremecedor altar de piedra, nunca oiría esas sílabas de nuevo. En vez de ello, saltaron con violencia ante el terrorífico estruendo que pareció desgarrar las colinas; el tronar ensordecedor y cataclísmico, cuya fuente, fuese en las entrañas de la Tierra o en el cielo, no pudo identificar ninguno de los oyentes. Un solo relámpago restalló desde el cenit púrpura hasta el altar de piedra y una gran marea de fuerza invisible y hedor indescriptible barrió toda la zona desde la colina. Árboles, hierba y arbustos fueron azotados con furia y el atemorizado grupo al pie de la montaña, debilitado por el hedor letal que parecía estar a punto de asfixiarlos, estaba casi desvanecido. Los perros aullaron a lo lejos, la hierba y el follaje verdes se marchitaron hasta adquirir un curioso, enfermizo tono amarillo grisáceo, y sobre el campo y el bosque quedaron dispersos los cadáveres de los chotacabras.

El hedor se dispersó con rapidez, pero la vegetación nunca se recuperó. Hasta el día de hoy hay algo extraño e impío en la vegetación de esa espantosa colina y a su alrededor. Curtis Whateley estaba recobrando la conciencia cuando los hombres de Arkham descendieron lentamente de la montaña bajo los rayos del sol, una vez más brillante y límpido. Su gesto era severo y silencioso, y parecían sacudidos por recuerdos y reflexiones aún más terribles que las que habían reducido al grupo de lugareños a un estado de tembloroso acobardamiento. Como respuesta a un montón de preguntas, se limitaron a sacudir la cabeza y reafirmar un hecho vital.

—La cosa se ha ido para siempre —dijo Armitage—. Ha sido dividida en lo que la engendró en un origen y no puede volver a existir. Era una imposibilidad en un mundo normal. Solo una muy ínfima fracción era materia tal como la conocemos. Era como su padre: y en su mayor parte ha regresado a él, a cierto reino o dimensión indeterminados fuera de nuestro universo material; cierto abismo impreciso del que solo pudieron haberlo convocado por un momento sobre las colinas los ritos más malditos de la blasfemia humana.

Hubo un breve silencio y en esa pausa los desconcertados sentidos del pobre Curtis Whateley comenzaron a hilvanarse en una especie de continuidad, de manera que se llevó las manos a la cabeza con un lamento. El recuerdo pareció proseguir donde se había interrumpido y el horror de la visión que lo había postrado cayó de nuevo sobre él.

—Oh, oh, Dios mío, esa media cara... esa media cara encima... esa cara de ojos rojos y pelo quebradizo y albino,

sin mentón, como los Whateley... Era como un pulpo, un ciempiés, algún tipo de araña, pero tenía un rostro humano a medio formar encima y parecía el del Brujo Whateley, solo que tenía metros y metros de ancho...

Se detuvo, exhausto, mientras todo el grupo de lugareños lo miraba con un asombro que aún no había cristalizado en auténtico terror. Solo el viejo Zebulon Whateley, que recordaba al azar cosas antiguas pero que había estado en silencio hasta entonces, habló en voz alta.

—Fue hace quince años —divagó—. Oí decir al Viejo Whateley cómo algún día oiríamos al chico de Lavinia pronunciando el nombre del padre desde lo alto de Sentinel Hill...

Pero Joe Osborn lo interrumpió para volver a interrogar a los hombres de Arkham.

—¿Qué era, de todas maneras, y cómo hizo el joven Brujo Whateley para llamarlo desde el lugar del que procedía?

Armitage eligió las palabras con sumo cuidado.

—Era... bueno, era sobre todo una especie de fuerza que no pertenece a nuestra parte del espacio; una especie de fuerza que actúa y crece y se forma mediante leyes distintas a las de nuestra Naturaleza. No tenemos derecho a convocar tales cosas desde el exterior y solo la gente realmente malvada y las sectas realmente malvadas intentan hacerlo alguna vez. Había algo de ello en el propio Wilbur Whateley; lo bastante como para convertirlo en un monstruo demoníaco y precoz, y para hacer de su muerte un espectáculo terrible. Voy a quemar su diario maldito y, si son ustedes sensatos, dinamitarán ese altar de piedra de allá arriba y derribarán todos los anillos de rocas erguidos sobre las demás colinas. Cosas como esas atraeron a los seres que tanto querían los Whateley, los seres a que ellos iban a dar entrada y a hacer tangibles para aniquilar a la raza humana y arrastrar a la Tierra a algún indescriptible lugar para algún propósito innombrable.

»Pero en cuanto a este ser que acabamos de devolver a su lugar de origen: los Whateley lo criaron para desempeñar un papel terrible en los eventos que iban a ocurrir. Creció rápido y grande por la misma razón que Wilbur creció rápido y grande, pero lo aventajó porque había una mayor proporción de *exterioridad* en él. No necesitan preguntarse cómo pudo convocarlo Wilbur desde el aire. No lo convocó. *Era su hermano gemelo, solo que se parecía bastante más a su padre que él.*

Ilustraciones de comienzo de capítulo: Antonio Maínez
Tipografía Cristoforo creada por: Thomas Phinney
Traducción de *El Horror de Dunwich*: Anna Morgana Alabau
Corrección: Gabriel García-Soto, César Bernal Prat y Santiago Eximeno
Localización y diseño adicional: Edge Studio

EDGE



The background is a dark, atmospheric landscape painting. It depicts a coastal town, Dunwich, nestled in a valley between steep, rocky hills. The sky is filled with heavy, dark clouds, with a bright light source breaking through on the right side, creating a dramatic contrast. The foreground shows the silhouettes of trees and foliage, adding to the sense of being in a remote, isolated location. The overall mood is mysterious and ominous, fitting the horror theme of the text.

Los forasteros visitan Dunwich en contadas ocasiones, y desde cierta temporada de horrores todas las señales que conducían a él fueron retiradas. El paisaje, desde un punto de vista puramente estético, es algo más que bello; aun así, no hay ninguna afluencia de artistas o veraneantes. Hace dos siglos, cuando las historias de brujería, satanismo y extrañas presencias en los bosques no se tomaban a broma, era costumbre dar razones para evitar la localidad.

-H. P. Lovecraft, «El horror de Dunwich»